

2012-01-01

Frases que se escriben en la nevera

Daniel Rios Lopera

University of Texas at El Paso, danielrios40@gmail.com

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [English Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Rios Lopera, Daniel, "Frases que se escriben en la nevera" (2012). *Open Access Theses & Dissertations*. 2172.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2172

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

FRASES QUE SE ESCRIBEN EN LA NEVERA

DANIEL RÍOS LOPERA

Department of Creative Writing

APPROVED:

Luis Arturo Ramos

Benjamín Alire Sáenz

Armando Armengol

Benjamin C. Flores, Ph.D.
Interim Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Daniel Ríos Lopera

2012

Dedication

Para vos, que sabés quién sos.

FRASES QUE SE ESCRIBEN EN LA NEVERA

by

DANIEL RÍOS LOPERA

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2012

Table of Contents

Frases que se escriben en la nevera	1
Ventana.....	3
Álbum.....	6
Mi papá es mucha gente	8
¿Eso era lo importante que me ibas a contar?	12
97 ojos.....	15
Pecas azules.....	17
Detectives con mal aliento	20
¿Dónde carajos pusiste mis ojos?	26
García despierta en su ambulancia amarilla.....	29
Yo no sabía que el sol tenía olor.....	32
Jesús en los parlantes.....	35
García y el farmaceuta.....	40
Los pilotos muertos	44
Miguel recibe de su jefe todos los jueves treinta y cinco billetes igualitos	53
Raúl y la sopa de zanahoria.....	58
Veinte minutos antes de que Abuelo salga volando por la ventana	61
Rinocerontes y galletas de soda.....	67
Catorce marineros hundieron un barco hoy cerca de Alaska.....	72
Vita.....	74

Frases que se escriben en la nevera

Lo primero que hace Laura al levantarse es tomarse un vaso de leche fría y escribir una frase en la nevera. En la alacena tiene guardada una caja de cereales llena de imanes con forma de letras. Son nueve alfabetos que le alcanzan para escribir lo que se le venga en gana o lo primero que se le venga a la mente. Hoy escribe: “*Los negros no pueden tener pecas*”. Guarda la caja, deja el vaso sin leche en el lavadero y sale al patio a saludar a Leopoldo.

Afuera, el día tiene el mismo calor que tenían las cobijas hace un rato. Laura le silba a Leopoldo pero éste no sale porque el *huracán* ya pasó y es muy temprano todavía y quiere seguir durmiendo. Laura le tararea entonces. Mete los pies descalzos en la grama que todas las mañanas encuentra mojada y más verde. Se llena las uñas de tierra, se hace cosquillas entre los dedos y le sonrío a un árbol, al cielo, a una nube, a sus pies, a un señor con corbata que pasa a toda velocidad en un carro amarillo. Luego sigue tarareando.

Leopoldo aparece después de un rato, asoma su hocico entre los dos únicos tomates que quedan en la huerta y se queda ahí parado, moviendo las orejas como los periscopios de un submarino. Con el tarareo trata de ubicar a Laura en esa inmensidad que es para él el jardín, intenta encontrar la coordenada exacta en su mapa mental que le diga dónde está parado. Da veintiséis saltos al noroccidente hasta que sus bigotes le avisan que está cerca de los pies de Laura. Un pinchazo frío y mojado en el tobillo le avisa a Laura que tiene a Leopoldo al lado. Lo carga, lo saluda, le pregunta si conoce a un negro con pecas. Él sigue moviendo las orejas de un lado a otro y ella cree que le responde que no.

Laura sube a su cuarto con Leopoldo en los brazos. Se meten debajo de las cobijas y juegan a estar dentro de un castillo gigante en el que él es un príncipe azul y ella una princesa con los pies sucios. Juegan por un rato hasta que Abuelo entra por la puerta con una torta en la mano, con su pantalón de bolitas amarillas y azules, con esa sonrisa en la cara que siempre le suena. La torta tiene escrita en cursiva el nombre de Laura con letras de merengue rosado. Tiene nueve velas y un dibujo, también en merengue, de Leopoldo. Laura sale de su castillo, sopla las velas, le da a Abuelo un beso en la frente. Al acercarse se puede ver en las lágrimas que él no deja que le salten de los ojos. Escucha lo que él le dice, lo mismo de siempre, algo que ella no se molesta en recordar. Abuelo le acaricia el pelo pero Laura no siente la mano en su cabeza, sólo cree que algunos pelos se le paran cómo si él tuviera imanes en los dedos. Le da un escalofrío por sentir que no está sintiendo nada. Abuelo deja la torta en la cama, encima de la cobija, al lado de Leopoldo. Y de nuevo, él le da otra caricia que no es caricia y a ella le da otro escalofrío.

Abuelo sale por la puerta diciendo buen día. Lo dice sonriendo. Sonriendo mucho. Con esa sonrisa que nunca dejará de sonar.

Ventana

Laura se pasa los días mirando por la ventana. Es entretenido para ella porque ve muchas cosas y toma muchas fotos. Como hoy, por ejemplo. Hoy ve a un señor escondido detrás del árbol de su casa. De gafas oscuras y de gabán. Con unos binóculos colgados al cuello. El señor escondido no se esconde de ella, se esconde de los que viven en la casa del frente (Raúl, Papá, su esposa nueva). Justo antes de ver a ese señor, Laura había acabado de tomar la última foto que tenía en su cámara. Se la tomó a unos policías que bajaban unos peluches que amanecieron ahorcados en el árbol de mandarinas de la señora de la esquina. Sin fotos entonces, Laura no tiene de otra más que contarle a Leopoldo todo lo que pasa en la ventana.

- Escucha esto, Leopoldo. Raúl, el papá de Raúl, está otra vez metido debajo del carro como todos los domingos. Es chistoso porque parece partido a la mitad, sólo se le ve del ombligo a los pies. No se mueve, nunca se mueve ese señor. Es como una momia... la momia más gorda del universo. De vez en cuando tuerce las piernas porque debe estar apretando una tuerca o porque una hormiga le pica en la espalda y no se puede rascar. El ombligo que tiene es gigante y la barriga también pero cuando se mete debajo de ese carro gigante se le ven chiquitos los dos. Yo creo que lo que el papá de Raúl quiere es que ese carro suene más duro y que cada vez que lo prenda las ventanas de todo el barrio tiemblen más.

Mientras escucha, Leopoldo dibuja por primera vez en su mente el carro de Papá blanco, muy blanco, largo, ancho, alto, cuadrado, pesado como un edificio. Es verdad, el carro suena muy duro todas las mañanas y es el culpable de que Laura se levante tan temprano a despertarlo y de que él últimamente venga soñando con huracanes que se lo tragan.

Laura le dice que el señor escondido detrás del árbol no deja de mirar con los binóculos y Leopoldo lo ubica de nuevo en un rincón de su cabeza. Le cuenta que por la calle pasa un niño en una bicicleta roja con una cadena pegada al sillín sin nada amarrado al otro extremo. Leopoldo escucha pasar de una oreja a otra el sonido de la bicicleta rodando y la cadena arrastrándose en el asfalto con la velocidad. Piensa que suena como una cadena grande, una cadena para amarrar elefantes.

- El señor escondido trató de disimular cuando ese niño pasó, Leopoldo. Guardó los binóculos, miró la hora y se arregló las gafas. - dice Laura - Y ahí viene la esposa de Raúl, que no es la mamá de

Raúl, pero que es una gorda que tiene unas uñas largas y brillantes... como si fueran de porcelana. Esa señora tiene el pelo esponjado como una nube... como una nube triste que no quiere tener color y entonces es gris.

Leopoldo escucha el taconeo acelerado de la señora, el tintineo de un vaso de vidrio sobre un plato, una vocecita brillante que dice "*Raúl, Raúl*". Nadie contesta. Laura le dice que el señor escondido mira con más cuidado. La señora le ve los pies a Papá saliendo debajo del carro, luego se queda un rato con la mirada perdida en ese huecote que es su ombligo esperando a que él se asome. Leopoldo escucha a la señora llamar a Papá otra vez y le pide un beso. Laura dice que no escucha de lo que están hablando pero Leopoldo sí y oye que Papá debajo del carro le dice a ella que está muy ocupado y le pregunta si tal vez no podría joderle la vida más tarde. Ella le dice que no, que le trae un jugo, que los calores, que se refresque. Leopoldo escucha el plato y el vaso que la señora deja sobre la baldosa del garaje. Después el mismo taconeo que no va muy lejos. Laura le cuenta que la señora se queda con los brazos cruzados, mirando para la calle haciendo parecer que no quiere mirar para la calle y cuidándose de no quebrar ninguna de sus uñas. El señor escondido le silba y la señora lo descubre detrás del árbol. Lo saluda con la mano, él le responde igual. Papá sale por el jugo con las manos negras, con la cabeza brillante y una mueca en la cara. El vaso del jugo se ve brillante también. Ambos, el vaso y la calva, tienen gotas que les resbalan al mismo tiempo, sincronizadas. Él cierra los ojos y no respira mientras se toma el jugo. Con los ojos cerrados no puede ver que el señor escondido cruza la calle y se pasa a esconder al árbol de nuestro jardín.

- La señora le hace señas a ese señor. Le explica con las manos que se esconda bien.- dice Laura extrañada como para sí misma.- El papá de Raúl se metió debajo del carro otra vez y el señor escondido ya no usa los binóculos porque los pies del papá de Raúl los tiene ahí cerquita. No sé porqué esa señora gorda y ese señor escondido le miran los pies al papá de Raúl. No se mueven, no hay porqué mirar unos pies que no se mueven.

Y efectivamente, los pies de Papá no se mueven. Por un momento. O tal vez tres momentos llenos de nada. Hasta que Leopoldo escucha un suspiro de Laura ahogado, cortado, seco, uno que le deja a ella la garganta fría. No dice nada. Laura no puede y no dice nada, sólo se queda mirando por la ventana. Leopoldo afina más el oído. Escucha los golpes sordos de los talones de Papá dándose contra la baldosa del garaje. No pueden ser hormigas ni tuercas por que se escuchan que los pies se golpean contra el suelo. Primero despacio, sin un ritmo, nunca con ritmo; luego más rápido, más seguidos los golpes, más duros, más sordos. Las rodillas le crujen, las manos le dan palmadas al suelo y la boca hace

gárgaras con una saliva espesa como aceite. La espalda suelta ruidos que se ahogan entre el suelo y el motor del carro gigante. Los amortiguadores chillan.

- Le siguen mirando los pies, Leopoldo... la señora y el señor escondido le siguen mirando los pies.- Atina Laura a decir antes de otro suspiro igual al anterior y otro igual a éste.

Cierra la ventana con fuerza y mira a Leopoldo quien sólo mueve las orejas con la vista fija (y nula y perdida y gris) hacia una pared del cuarto. Se queda mirándolo por un momento. Y de solo mirarlo entiende. Entiende que ha sido muy tarde. Muy tarde para haber hecho cualquier cosa. Tarde para haberse quedado sin fotos. O para haber cerrado la ventana.

Álbum

Laura tiene un álbum de fotos. Es grande como una mesa y azul como el perro de Raúl. Siempre está en una esquina de su cuarto pues no lo puede guardar en ninguna parte. Tiene novecientas páginas, amarillas todas, cuando se abren sueltan un olor que a Leopoldo le gusta bastante. *Es el olor de la memoria* le dijo Abuelo una vez pero Laura no le creyó porque Abuelo sólo dice cosas locas (o que no importan). Para ella huele a cáscara de melocotón y, por lo que sabe, la memoria y los melocotones no tienen el mismo olor.

En el álbum tiene fotos de mucha gente. Gente que pasa por su ventana y a la que ella les roba las caras, los gestos y los ojos con su cámara grande y vieja. La cámara era de Abuelo, la traía con él cuando llegó. Un día, al ver que Laura no se despegaba de la ventana, se la prestó y nunca más se la reclamó. Eso es un regalo al estilo Abuelo. Le enseñó a poner el cartucho, a enfocar, a disparar. Luego le regaló el álbum (del mismo modo, dejándolo abandonado en la esquina que desde siempre ha ocupado) pues tenía que guardar en algún lado las fotos que había tomado y que le estaban inundando el cuarto.

Laura abre el álbum en la página 676. Lo hace al azar, es decir, cerrando los ojos, dándole la cara al techo y tanteando con los dedos hasta que se decidan parar en alguna parte. En esa página hay una foto que es más brillante que las otras. En ella aparece Papá al lado de Raúl, cuando todavía no le habían aparecido las pecas. Sonríen ambos en la foto porque Twiggy, el perro azul, acaba de llegar a la familia salido de una caja de regalo. La señora gorda está también ahí, parada, lejos en la foto. Se reconoce que es ella por el pelo triste y porque tiene las manos cruzadas.

Leopoldo, como siempre, al lado de Laura. No se despegaba del álbum, la nariz se le abre y se le cierra. No parpadea ni mueve las orejas. El olor lo momifica.

Laura sigue mirando esa foto y descubre que no le gusta. Hay algo que no le gusta en todo ese cuadro, en esas sonrisas, en ese cielo que hay detrás, en el aire que no se ve pero que se siente mal. Entonces vuelve al inicio del álbum. Y pasa una a una las hojas. Trescientas tres. Repara en cada una de las fotos de cada página. Hay de todo ahí: viejos escuchando radio en los porches de sus casas y niños que comen sandías debajo de un árbol. Una sopa de zanahoria enfriándose en la mesa de un comedor, quince pájaros negros en los cables de la electricidad. Un tipo que se roba el periódico de la casa del vecino y tres niños en la acera apostando quién orina más lejos. Una señora que reza el rosario con un ojo abierto mientras su hijo habla solo en la ventana. Muchas cosas y muchas caras ve Laura hasta que llega de nuevo a la página 676. Y mira la foto de Raúl, la familia que ya no es familia, el perro nuevo. El

cielo, el árbol, Raúl usando los que eran mis zapatos naranja. Laura mira y memoriza cada detalle. Leopoldo también porque sigue ahí, al lado de ella, oliendo la página 676. El olor tiene a Leopoldo en otra parte, se lo ha llevado lejos, lejos hasta el día en que se tomó la foto. Ese día en el que él no había llegado todavía. El día en que Laura sin nada para hacer miraba por la ventana y tenía la cámara en la mano. Entonces los vio a ellos reír en el garaje y quiso robarse esa alegría para ella y les tomó la foto. Sacudiéndola esperó a que aparecieran. La sacudió y la sacudió hasta que finalmente aparecieron, todos ahí, contentos y congelados. Luego guardó la foto en su álbum, en la página 676, porque sabía que él, Leopoldo, iba a aparecer algún día. Y él, Leopoldo, apareció. Y ahora ve. En su cabeza la ve porque el olor le dice que Raúl estaba contento y que el otro Raúl mucho más y que la casa estaba iluminada, que el día estaba iluminado y que la tristeza que había llegado a esa casa desde lo mío con Mamá en el jardín estaba desapareciendo. Lo ve porque huele todo con calma, con detenimiento, con todo el tiempo que parece no alcanzarle a su nariz para abrirse y cerrarse.

Laura ha tenido suficiente mirando la foto y cierra el álbum.

Al otro día ella se levanta, se toma un vaso de leche fría y escribe en la nevera *“los negros no pueden tener pecas”*.

Mi papá es mucha gente

Miguelito nunca ha escuchado la voz de su papá. Le habla todos los días, claro. Le dice cosas que cualquier papá le dice a cualquier hijo. Lo regaña, lo saluda, lo obliga a que le gusten las verduras. Le enseña a montar bicicleta, a no llorar por cualquier cosa. El Papá de Miguelito hace todo esto; pero cuando lo hace nunca usa su voz. Unas veces habla como Mickey Mouse, otras como un salvavidas que sale en la televisión que rescata rubias que no saben nadar en el mar, y hay otras veces que habla como un señor de gafas grandes que da las noticias por las noches. Y es que el trabajo que el Papá de Miguelito tenía era hablar por otra gente. Tiene un millón de voces que les prestaba a los actores que no hablan español para que pudieran hablar en la televisión. El Papá de Miguelito fue uno de los tres chiflados, el presidente de Estados Unidos (tres presidentes distintos), un señor que estuvo en la luna, Batman, Jackie Chan, Terminator. Ahora habla como Jesús los domingos. Y a Miguelito le toca vivir con todos ellos. Pobre Miguelito.

Lo de las voces es un asunto que siempre ha traído problemas.

Un carro negro con sirenas se estaciona frente a la casa de Miguelito y de él se bajan dos señores igualitos. Tienen la misma estatura, el mismo peinado, las mismas corbatas. Tienen gafas negras y gabán. Caminan a la puerta y miran para todas partes. Uno de ellos toca con los nudillos tres veces. El Papá de Miguelito, arriba en su habitación, todavía dormido, escucha los tres golpes pero prefiere pensar que lo está soñando. Miguelito, ya despierto, ya bañado, mira por la ventana pero prefiere no bajar a abrir.

Ellos insisten.

El Papá de Miguelito abre los ojos con toda la pereza del mundo, se cerciora que es de día, que el sol de toda la mañana tiene su cuarto caliente y con olor a zapato viejo. Que le duele la cabeza y tiene sed. Miguelito, en cambio, sigue mirando por la ventana a esos dos señores y algo le dice que no debería abrir. Entonces el que no había tocado se impacienta y le da cinco palmadas al marco de la puerta con mucha fuerza, con mucho escándalo. Miguelito se mete debajo de su cama tan rápido como puede y trata de hacerse invisible. No quiere bajar a abrir ni responderle a su Papá que pregunta por él gritando como *Hulk, el hombre increíble*. Miguelito cierra los ojos y cree desaparecer. Escucha a su papá levantarse de su cama con desgano, renegándole al aire, a todo, a nadie. Sigue siendo un *hombre increíble* pero quejumbroso.

Miguelito escucha a *Hulk* bajar las escalas con los pasos lentos y arrastrados, les grita a los señores del otro lado de la puerta que no lo acosen. Pero los señores lo acosan, tratan de entrar forzando la manija. El Papá de Miguelito abre la puerta y Miguelito cierra los ojos con más fuerza, trata de desaparecer más. Los señores preguntan por el Papá de Miguelito y él pregunta qué mierdas quieren. No hay porqué usar malas palabras, dice uno de ellos. Él responde que cualquiera que lo levante al mediodía merece todas las malas palabras del mundo. Los señores lo ignoran, piden permiso para entrar, quieren hablar con él un momento. El Papá de Miguelito, aun en su personaje, pregunta que quiénes son, que si son detectives o algo parecido y ellos dicen que sí, que son detectives. *Hulk* ya no está tan enojado entonces. Miguelito abre los ojos de nuevo, sale debajo de la cama, camina hasta las escalas. Su Papá sigue parado en la puerta, deja entrar a los señores que examinan cada rincón de su casa. No se sientan así el Papá de Miguelito les desempolva el sofá.

- Señor... ¿Podría usted decirnos qué se encontraba haciendo el 14 de abril? – Pregunta el que tocó la puerta primero mientras se alista a escribir en una libreta que saca de su bolsillo.
- Mmmm... estuve buscando empleo en el periódico todo el día. – Responde la boca del Papá de Miguelito ahora hablando con la voz de Papá Pitufo.
- ¿Tiene usted algún problema?
- Pues sí, los domingos los vecinos del frente me contratan pero pues llevo tiempo sin conseguir trabajo estable.
- Me refiero a su voz.
- Ah, entiendo, no, no – Papá Pitufo hace carrizo. Miguelito sigue mirándolos a los tres desde el segundo piso.
- Señor, le pedimos le dé la seriedad del caso a este asunto.
- Claro que sí, claro que sí, estoy siendo totalmente serio– Responde Papá Pitufo dejando claro con el gesto que le ofende tener que hacer la aclaración.
- Señor, no juegue con nosotros. Se lo advertimos. – Dice el impaciente, el de las palmadas.

El Papá de Miguelito no dice nada, sólo traga saliva. Retoma entonces las preguntas el otro detective.

- ¿Conoció usted al señor Raúl F?

El Papá de Miguelito niega con la cabeza.

- ¿Nunca tuvo usted contacto o relación alguna con su vecino de la casa del lado?

Vuelve a responder con la cabeza.

- ¿Hace cuánto vive usted acá, señor?
- 16 años.
- Sigue usted usando esa voz.
- Puedo usar más.
- ¿Puede simplemente usar la suya?
- No.
- Señor, le pedimos nos responda las preguntas usando su voz.
- No me pida eso.
- Es lo único que le estamos pidiendo. –Vuelve a decir el que tocó la puerta con los nudillos.
- No se lo estamos pidiendo, se lo estamos exigiendo – Dice el de las palmadas.
- Ok, está bien.
- Señor, no se pase de listo.
- ¿No se pase de listo? ¿Que no se pase de listo? ¿El pendejo te sigue haciendo vocecitas y vos le decís que no se pase de listo??? Nos lo llevamos ya mismo. – Grita el detective de las palmadas y se le caen las gafas en el arrebato. Las levanta del suelo con rabia. Miguelito alcanza a mirarle los ojos antes de que se ponga las gafas. Son pequeños y rojos. No tienen fondo.
- Pero no sabemos si es el culpable o no.
- Es un sospechoso y está interfiriendo con la investigación.
- Yo no estoy interfiriendo con ninguna investigación, he contestado todas sus preguntas. Pero créame señor, créame que no puedo hablar... no tengo voz. – Suplica el Papá de Miguelito sin todavía sonar como el Papá de Miguelito.
- Es cierto, es el sospechoso más sospechoso que tenemos hasta el momento. - Dice el detective calmado.
- Te lo dije. – dice el impaciente.

Miguelito mira a su Papá. Lo ve lejos, pequeño, sin poder abrir la boca. Intentando perderse de esa mirada con gafas negras de los detectives. Uno de ellos saca las esposas y se las pone, nadie dice una sola palabra. El Papá de Miguelito se para de la silla y sale de la casa seguido por los detectives. Ellos dejan la puerta de la casa abierta. Entran al carro y el Papá de Miguelito nunca mira atrás. Miguelito

siempre mira adelante y puede ver todo. Los detectives prenden el carro negro, las sirenas escandalosas. Desaparecen al doblar la esquina.

Es de noche, la puerta sigue abierta y Miguelito sigue sentado en las escalas. Reza. Le gusta rezar porque algunas veces las cosas salen como él las rezó. Dios es una máquina de hacer favores. Le pide por su papá, para que le vaya bien. O al menos eso es lo que Laura cree leerle en los labios desde la ventana, detrás de su cámara. Ella cree que menciona lo de las voces también, pero ese favor nunca se le cumple.

¿Eso era lo importante que me ibas a contar?

Miguelito llega a la casa de Laura con siete cartuchos de fotos que encontró en un gabinete de su casa, un periódico con dos huecos que recortó para mirar a través de ellos y una chocolatina. El periódico, según dice Miguelito, es algo que inventó y le puso el nombre de: “Periscopio de Chismes”. Entra saludando a Laura, carga a Leopoldo que está a los pies de ella y se va a la cocina acariciándole la cabeza. Lee la frase que hay escrita en la nevera y se sienta a pensarla mientras Laura le sirve un vaso de leche. Pregunta por Abuelo, ella le responde que no importa, que tiene algo que contarle pero que no se acuerda bien.

- ¿Es sobre ti?
- No, no creo.
- ¿Sobre Leopoldo?
- No... él está acá, vivo.
- ¿Es Abuelo? ¿Se murió Abuelo?
- Ya te dije que no importa Abuelo...
- ¿Fue hoy? ¿Ayer?
- Hace una tarde... o un domingo.
- ¿Tenés fotos?
- La última es de un policía bajando peluches del árbol de mandarinas.
- ¿Eso era importante?
- No, pero era chistoso.
- Entonces... no es eso lo importante que me vas a contar.
- Creo que no.

Miguelito se toma un sorbo largo de leche. Lee la nevera. Entrecierra los ojos. Pregunta.

- ¿Y por qué los negros no pueden tener pecas?
- Es sobre el papá de Raúl.
- ¿Crees que el papá de Raúl es negro?
- Tiene pecas.
- ¿Pero para ti es negro?
- Y se mete debajo del carro los domingos. Toda la mañana. ¿Hoy es domingo?

- No.
- Bueno, el domingo hacía calor. Y el papá de Raúl estaba metido debajo del carro.
- ¿Lo viste?
- Sí, del ombligo a los pies.
- ¿Cómo sabías entonces que era el papá de Raúl?
- Porque se tomó un jugo. Lo vi que salió debajo del carro y se tomó un jugo amarillo que le trajo la señora del pelo raro.
- La que no es mamá de Raúl.
- La que no es mamá de Raúl y que tiene un amigo que se esconde detrás de un árbol.
- ¿El árbol de mandarinas?
- No, este árbol, el de mi casa. Luego el árbol de Raúl.
- ¿Se esconde todos los días ahí? No lo he visto.
- No... sólo el domingo.
- ¿El domingo que te quedaste sin fotos?
- Sí.
- ¿Y cómo es el amigo de esa señora?
- Es feo, con la nariz grande. Tenía unos binóculos para verle los pies al papá de Raúl.
- Mi papá también tiene la nariz grande, pero creo que no es feo... ¿Y todos le veían los pies del papá de Raúl?
- Sí... la señora, el señor escondido y yo. Leopoldo no... ya sabes...
- ¿Pero por qué le miraban los pies al papá de Raúl?
- Porque era lo único que se veía... ya te dije. Eso y el ombligo gigante.
- Sí, es gigante el ombligo.
- Y luego le vimos la cara porque se tomó el jugo. Él no nos vio a nosotros, creo.
- ¿Cierra los ojos cuando toma jugo?
- Sí.
- Yo también.
- Y yo... todos hacemos eso. Lo que no hago es mover los pies.
- ¿Movía los pies el papá de Raúl?
- Sí, los movía... para todos los lados... y él metido debajo de ese carro.

Miguelito vuelve a otro trago de leche. Vuelve a entrecerrar los ojos. Mira a Laura que hace lo mismo que él.

- ¿Lo picaban las hormigas?
- No, no habían hormigas. Había calor. Y los pies se le movían. Como si no quisieran bailar pero estaban bailando.
- ¿Tú sabes bailar?
- No... por eso sé cuando los pies no quieren bailar.
- ¿Y por qué no iban a querer bailar los pies del papá de Raúl?
- Porque uno no baila cuando está debajo de un carro.
- Es verdad... y menos si hace calor.
- Exacto.
- ¿Eso era lo importante que me ibas a contar?
- Sí, creo que sí.
- ¿Y por qué crees que es importante?
- ¿Por qué crees que no?

97 ojos

Laura tiene ojos en las manos, Miguelito también. Leopoldo tiene uno pegado con saliva en la mitad de la frente. Los tres bajan las escalas emocionados, Leopoldo en los brazos de Miguelito. Ya se tomaron dos vasos de leche y se comieron la chocolatina que él le había regalado. Ya subieron al cuarto de ella y miraron por la ventana y jugaron con el Periscopio de Chismes. Se tomaron fotos con la cámara. Ya pasó Abuelo saludando y haciendo ruido con su sonrisa. Ya hablaron por mucho rato y a Miguelito se le ocurrió un plan. Ya sacaron las fotos del álbum, las tijeras del cajón. Ya cantaron y recortaron. Ahora bajan las escalas con los ojos en la mano. Leopoldo con uno en la frente.

Salen al jardín, se sientan en la manga. Hacen un hoyo con una rama que Laura quiebra del árbol. Abren las manos y cuentan. Noventa y siete ojos entre los dos. Vuelven a contar porque Miguelito dice que es imposible. Laura está de acuerdo, no recuerda haberle tomado una foto a un tuerto nunca. Entonces vuelven a contar, con más calma, más despacio. Deciden que no los van a enterrar hasta que no estén completos.

A Leopoldo lo han dejado parado de frente a la puerta de vidrio que separa la casa del jardín. Y de repente, por primera vez en su vida, Leopoldo sabe dónde está. Porque tiene un ojo que por fin le funciona. Uno en la mitad de la frente, que le dice que está en el jardín, mirando hacia un vidrio transparente en el que también se ve el sol y el cielo. Y ve a Laura y a Miguelito, sentados detrás de él, con las rodillas cruzadas, con los dedos señalándose las manos. Las voces de ellos y la imagen en el vidrio le dice que son Laura y Miguelito. Laura con alambres en los dientes, con el pelo revuelto, con pecas en los brazos, en la cara, en los párpados. Miguelito con la nariz sucia, con las rodillas sucias, con las uñas llenas de tierra. Y luego se ve él, se sabe que es él, con sus orejas, con su nariz que creyó más grande, con esos pelos, esas patas y esa cara que nunca imaginó tener. Se ve Leopoldo y no quiere moverse porque no quiere creer que es él. Entonces no se mueve. Sólo escucha, como siempre. Y mira, por primera vez. Escucha la boca de Miguelito que no para de contar ojos, de decir tonterías con las que Laura se ríe. Y ve, también ve que al fondo del reflejo, al fondo del jardín, está parado Abuelo sonriendo, con su nariz roja, con su pantalón de bolitas azules y amarillas, recostado sobre una pared escondiéndose del sol, del calor, de Laura y de Miguelito. Reconoce que es Abuelo porque la sonrisa le suena. Suena como si la señora gorda de pelo feo pusiera al mismo tiempo un millón de vasos de jugo amarillo sobre la baldosa del garaje. Suena mal, no es bonito. Abuelo no es bonito, ni Miguelito es bonito ni él mismo es bonito, piensa Leopoldo.

Laura y Miguelito vuelven a contar noventa y siete ojos y siguen sin encontrar explicación. Deciden contarse los ojos que el otro tiene en la mano. Miguelito sospecha que Laura no sabe contar y ella sólo quiere tenerlo más cerquita a él, que le cuente más cuentos, más planes de esos que se le ocurren. Pero Miguelito no le cuenta más planes porque con el que tienen es suficiente. Ahora sabe qué va a hacer con su Papá y con sus voces y su vida. Y a Laura le gusta que Miguelito crea saber qué hacer con su vida. Le gusta también que le toque la mano con el pulgar y le diga al lado de la oreja *cuatro, veintiséis, veintisiete, noventa*. Pero a Leopoldo no. No le gusta ver la cara de Laura feliz, ni esa mancha que es la cara de Abuelo en el vidrio, ni las uñas sucias de Miguelito tocando a Laura. A Leopoldo no le gusta ver, le gusta imaginar. Y entonces cierra sus ojos. Y de nada sirve porque el ojo que tiene en la frente lo sigue mirando todo. Por más que trate es inútil intentar imaginar. Algo, cualquier cosa, nada. Y otra vez, Laura y Miguelito llegan a noventa y siete ojos. Y vuelven a empezar. Uno, dos, diez. Dicen que quieren encontrar el ojo, que tienen que encontrar el ojo para poder enterrarlos todos. Leopoldo sigue escuchando todo eso. Y también sigue mirando. Escucha con sus orejas grandes. Y mira todo, todo, absolutamente todo, con un ojo que Laura le pegó con saliva en la mitad de la frente.

Pecas azules

Laura no puede dormir, sólo da vueltas en la cama. Se levanta, pone los pies en el suelo y deja que se le enfríen por un momento. Agarra a Leopoldo que tampoco duerme (nadie puede dormir cuando no se puede dejar de mirar) y se sientan juntos en la ventana. No hay nada ni nadie en la cuadra. Sólo aire negro y noche. Mira hacia mi casa y encuentra la luz del cuarto de Raúl prendida.

Agarra la cámara.

La señora de pelo raro entra al cuarto de Raúl. Lo encuentra en su cama acostado, despierto, sin ropa. Twiggy duerme con un ojo abierto al lado suyo. A Raúl no le da pena que esa señora lo vea sin ropa. No le importa tampoco tener la luz prendida y la ventana abierta. A Raúl lo tiene sin cuidado cualquiera de esas cosas. La señora (mirando el techo, una pared, la otra, el techo otra vez) le dice que apague la luz, que está muy grandecito para dormir con la luz prendida.

- Mire que los monstruos no existen – Dice mientras abre el closet para que Raúl mire que no hay nadie adentro.

Raúl siente lástima por la señora, piensa que es una estúpida por pensar que él es un niño estúpido. El ruido del closet asusta a Twiggy que abre los dos ojos y le gruñe a la señora. Raúl dice que no tiene miedo, que nunca le ha tenido miedo a nada. Usa la mirada más fría del mundo para decirle eso a la señora que por primera vez lo mira a los ojos. Raúl le pregunta por Papá. Ella guarda silencio por un momento y él sabe que le va a decir una mentira. Y entonces le dice una, la que había ensayado antes de entrar a su cuarto a decirle que apagara la luz. Le dice que Papá tuvo que salir por unos días, a un pueblo lejos. Raúl siente más lástima por ella porque no sabe decir mentiras como él y como todo el mundo.

- ¿Qué tienes en el pecho? – Pregunta de repente la señora señalándolo desde lejos con un dedo que le tiembla y que no estira del todo.
- Una peca.
- ¿Una peca azul? – Pregunta de nuevo todavía señalando, como con cara de no haberle creído para nada.
- Sí, una peca azul ¿Sus pecas de qué color son?
- Tengo tres y ninguna es azul.
- Raro... ¿no?

- ¿Mis pecas?
- Que mi papá se haya ido sin despedirse.
- Él si se despidió de mí y me dijo que...
- Y sin el carro.
- No se lo llevó porque...
- Y que no pueda entrar al garaje.
- ¿Vas a dormirte ya?
- Hay cosas más raras que una peca azul... ¿no?
- No, no hay nada más raro que una peca azul. – Responde la señora mirando para el suelo, acercándose a la puerta, saliendo por ella caminando hacia atrás. Apaga la luz y desaparece.

Raúl se queda acostado, con las manos en el pecho, esperando a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad. Laura ya no puede ver nada desde su ventana.

Raúl le acaricia la cabeza a Twiggy que, como ayer, como los otros días en los que he venido, comienza a respirar acelerado. Saca la lengua y parece como si en vez de estar dormido hubiera estado corriendo detrás de los quince pájaros que siempre espanta cada vez que los ve en el alambre de luz del frente de la casa. Amenaza con levantarse de la cama, con ladrar, pero Raúl le aprieta las orejas y entonces no lo hace. Laura se cansa de no ver pasar nada en la ventana de Raúl y se distrae un rato mostrándole a Leopoldo y a su nuevo ojo la noche que no había visto nunca antes.

Yo no entro por la puerta, me deslizo por el techo como el gran deslizador de techos en que me convertí y entro por la ventana. Muevo las cortinas como si fuera el viento. Los ojos de Raúl ya distinguen los rincones y las cosas que tiene en la pieza pero no me pueden ver. De todas maneras ya sabe que estoy aquí. Lo sabe porque Twiggy respira cada vez más seguido, tiene la lengua más seca y me señala con ese hocico al que le huelo a melocotón. Raúl abre el cajón de la mesa de noche, la deja abierta y vuelve a poner las manos en el pecho. Yo me quedo un momento quieto, reconociendo otra vez el cuarto de Raúl, sintiendo el calor que hace adentro, notando el olor extraño que ahora tiene la casa.

El corazón se me arruga.

Voy a la mesa de noche, el hocico de Twiggy me persigue. Encuentro el marcador azul. Le dejo a Raúl una nueva peca en el hombro izquierdo, a tres dedos de la axila, sin tocar el hueso de la clavícula. Meto el marcador en la mesa de noche y salgo de nuevo por la ventana mientras Twiggy ladra tres veces diciendo tal vez *hasta luego* o *no vuelvas nunca* o *que feas pecas haces*. Dice cualquier cosa tres veces.

Laura, Leopoldo y su ojo le han encontrado diecisiete colores distintos a la noche. Hasta que Twiggy ladra. Laura ve que la cortina de Raúl se mueve como si un viento hubiera salido. Leopoldo y su ojo ven a alguien desaparecer saltando de techo en techo.

Detectives con mal aliento

Hace calor, siempre hace mucho calor a esa hora de los martes. El cielo es todo azul. A Miguelito no le importa el calor. Camina por la acera dando los pasos más largos que sus piernas le permiten, con los pulgares colgando en las cargaderas a la altura de las tetillas. Viene recién peinado, de camisa larga, con los zapatos negros muy brillantes y las medias encima del pantalón. Cruza el jardín de Laura y silba a la ventana. Laura y Leopoldo bajan al jardín. Ella lo lleva a él en un brazo y en el otro una bola gigante hecha de muchos hilos de lana de colores.

- ¿Las trajiste?
- Sí. A todas les hice los dibujos... y les escribí el mensaje por detrás. – Responde Miguelito sacando el puñado de fotos de un bolsillo de su pantalón.

Laura las mira una a una. Cada persona que aparece en ellas, vecinos todos, tienen dibujados con marcador sobre su caras un bigote, una barba y un par de gafas. Aún así usen gafas en la vida real. Aún así no tengan ojos en la vida que tienen en las fotos.

- ¿De dónde sacaste toda esa lana? – Pregunta Miguelito después de un rato.
- Mi mamá quería aprender a coser pero nunca aprendió nada. ¿Estás seguro que quieres hacer esto?
- Sí. ¿Tú no?
- A mis papás no se los llevaron esos señores.
- ¿Cómo sabes?
- No, no sé, pero sé que van a volver.
- Mi papá también va a volver... después de que reparta las fotos.
- Ok, yo desde acá te veo entonces.

Miguelito sale caminando hacia la esquina del frente usando el mismo estilo con el que llegó. Antes de cruzar la calle se encuentra a Abuelo parado en la puerta de la casa de Laura, haciendo nada, sólo sonriendo. Miguelito lo saluda con la cabeza, Abuelo hace lo mismo pero a Miguelito le da la impresión que ve otros cien Miguelitos detrás de él y que está saludando al último. Sigue caminando.

Llega donde el señor Gonzales, el señor de la casa amarilla. Ese señor nunca sale porque se entretiene mucho sentado en su computador escribiendo cosas y hablando con el loro que siempre carga en el

hombro. El loro una vez llegó al porche de su casa mientras él escuchaba las noticias en la radio y desde ahí se hicieron amigos. Groucho, como lo bautizó, le habla en francés y el señor Gonzales hace como si le entendiera. En la foto que tiene Miguelito en la mano aparecen los dos. Groucho no le está diciendo nada al señor Gonzales, le muerde una oreja. Él ríe pero Groucho no porque los loros no se pueden reír. Riendo, el señor González se ve mucho más raro de lo que es, con un bigote de mentiras, con una barba mal pintada con marcador.

Miguelito mete la foto en un sobre amarillo que saca de su otro bolsillo y lo tira por debajo de la puerta.

Nadie sale.

Luego va a la casa verde, la casa del árbol de mandarina al que le colgaron los peluches. Miguelito mete la foto de la señora que vive ahí en otro sobre, esta vez verde, y lo tira por debajo de la puerta. Entonces escucha que lo llaman. Es el señor Gonzales, de bata y pantuflas, parado en el porche de su casa haciendo ademanes, con el ceño fruncido. Groucho en su hombro, rascándose una pata con la otra. Laura ve que Miguelito se devuelve hasta la puerta del señor Gonzales y con la cámara comienza a leerles los labios. Groucho no dice nada. El señor Gonzales se ve muy alterado, alza mucho las manos, alza mucho la voz. Le muestra la foto a Miguelito pero Miguelito parece más interesado en lo que hay adentro de la casa del señor Gonzales. Señala algo pero el señor Gonzales no mira lo que Miguelito le señala. Luego cierra la puerta y deja a Miguelito parado ahí, con una pregunta a medio hacer.

- Pensé que le ibas a decir dónde teníamos sus ojos. – Dice Laura al ver volver a Miguelito.
- No, nunca.
- ¿Y qué hay dentro de esa casa?
- No mucho. Lo único que vi fue un computador con un juego bien raro.
- ¿Cómo raro?
- No sé... eran un montón de lucecitas que brillaban y se movían de lado a lado pero había una que no se movía.
- ¿Y por qué no se movía?
- No sé. Eso le estaba preguntando cuando cerró la puerta.
- ¿Será que iba a llamar a la policía?
- Ojalá.
- Miguelito... ¿Crees que todo esto si va a funcionar?
- Sí Laura... todo va a funcionar.

- ¿Y ahora? ¿Vas a repartir el resto de las fotos?
- Sí... pero después. Ahora tenemos que amarrar a Abuelo.
- Yo no le he dicho nada todavía.
- ¿No? ¿Por qué?
- Porque mañana quiero otro cumpleaños.
- Yo te doy tu cumpleaños Laura.
- ¿Y el alfabeto?
- También te doy un alfabeto. Pero otro día, que no sea mañana.
- Ok, pero yo no le hago el nudo.

Los dos voltean a mirar a Abuelo que sigue parado en la puerta. Ahora chasquea los dedos. Con la cabeza absolutamente quieta mueve los ojos de un lado a otro. No deja de moverlos. Laura y Miguelito se miran entre ellos y se alzan las cejas.

Laura deja a Leopoldo en la ventana, agarra la bola de lana y se acerca a Abuelo. Él no se aleja ni intenta escapar, sigue chasqueando los dedos desesperadamente, los ojos que se le quieren salir. Laura se arrima a la espalda de Abuelo mientras Miguelito le llega de frente. Estira mucho las manos y abre mucho las piernas para que a Abuelo le quede claro que no se puede ir. Abuelo no se va. Comienza a sudar y a respirar como si le saliera candela por la nariz. Laura se agacha, le da tres vueltas al tobillo de Abuelo con la lana. Se levanta y abre las manos y las piernas como Miguelito quien se agacha a hacer un nudo ciego que aprendió una vez de su papá haciendo cometas. Abuelo sigue respirando agitado, Laura y Miguelito se alejan de él despacio, dando los mismos pasos al costado, ella a la izquierda y él a la derecha. Laura agarra a Leopoldo, la bola de lana y sube con Miguelito a su cuarto.

- Agarra tu cámara, Laura. Préstame el periódico.
- Ok.
- Y mira la casa de Raúl.
- Ok.
- Pero no le tomes fotos, sólo mírala.
- Pero yo siempre quiero tomar fotos.
- Espera un momentico, no tomes ninguna todavía... mira, sólo mira hacia su cuarto. ¿Qué ves?
- Las cortinas cerradas.
- ¿Y ves una sombra?

- No.
- ¿Algo que se mueve?
- No.
- Es porque nada se está moviendo todavía.
- Ajá.
- Pero algo va a ocurrir.
- ¿Y qué es lo que va a ocurrir?
- No sé... por eso necesito que no dispires todavía.

Laura no se mueve, se mantiene quieta como una estatua así Miguelito le respire en la nuca y le den ganas rascarse desde los pies hasta las orejas. Miguelito es otra estatua también pero a él no le pica nada. A Leopoldo lo tiene sin cuidado lo que mira, le aburre el mundo ahora que sabe cómo es. En cambio, mueve las orejas de un lado a otro, desesperado trata de encontrar de dónde viene un sonido que de repente aparece en el ambiente. Es algo que no para de aullar. Una bulla que se va haciendo más grande, que va llenando el espacio, que Leopoldo está seguro que viene hacia él. Laura y Miguelito comienzan a escuchar también, los dos ladean la cabeza al mismo tiempo y al mismo lado. Es el sonido de una sirena y de un motor que se acelera a fondo. La sirena más ruidosa del mundo, el motor más ronco del mundo. Hacen juntos que todas las ventanas tiemblen como las hacía temblar el carro de Papá. Mientras más se acerca parece que las fuera a reventar. Entonces aparece el carro negro doblando la esquina, trayendo todo su alboroto, su mal aire. Las llantas frenan en la mitad de la calle dejando líneas negras en el asfalto que huelen a la ropa que se pone Abuelo. Se bajan los dos detectives con afán, dejando las puertas abiertas. Traen sus gabanes y sus gafas negras. El sol no los quema, parece que no los tocara. Laura sigue con la cabeza ladeada hasta que siente que Miguelito ha dejado de respirarle al lado. Lo mira y ve que todavía sonríe detrás del periódico con huecos.

Los detectives corren a la casa verde, tocan la puerta. El de los nudillos ahora toca con palmadas, el de las palmadas siempre está mirando para todas partes. Sale la señora que vive ahí, muy agitada, al borde del llanto.

- ¿Qué están diciendo Laura?
- ¿Quieres que mire a los señores o que siga mirando ventana de Raúl?
- Mírale los labios a ellos, yo vigilo la ventana.
- La señora les dice que está muy preocupada.
- ¿Y los detectives le preguntan por qué?

- Sí, el que tocó la puerta le pregunta que por qué y ella le dice que está en peligro.
- ¿El otro detective sigue mirando para la calle? ¿Nos ha visto?
- No, no nos ha visto porque también escucha a la señora. Oye... ¿Ya pasó algo en la ventana de Raúl?
- No, todavía no. ¿Ya le mostraron la foto al detective?
- Sí, la señora les está mostrando la foto.
- ¿Y qué cara ponen?
- Preocupados, están serios. Miran la foto de cerquita sin quitarse las gafas. Le hacen preguntas a ella.
- ¿Y qué dice la señora?
- Ella les muestra la foto por detrás. Miguelito... ¿de verdad pusimos en peligro a esa señora?
- No Laura, nadie está en peligro.
- ¿Y Abuelo?
- A Abuelo le estamos haciendo un favor.

La señora sigue hablando con los detectives, los mira buscando una solución en la cara de ellos. Pero ellos siempre tienen la misma cara. Y las mismas gafas y el mismo gabán. Observan la foto, se dicen dos cosas y miran hacia la casa de Laura. Abuelo sigue ahí, ya no chasquea los dedos pero sus ojos siguen sin quedarse quietos. Los detectives se despiden de la señora y ella vuelve a entrar a su casa. Cierra todas las cortinas.

Caminan de vuelta, pasan al lado del carro negro cerrándole las puertas por donde salieron. Abren una puerta de atrás. El sol los perdona, ni siquiera los hace sudar. Siguen su camino, entran al jardín de Laura y se acercan a la puerta donde está Abuelo. Laura, Miguelito y Leopoldo se esconden cuando ven venir los detectives. Se quedan tendidos en el suelo mientras escuchan lo que ocurre afuera.

- Señor... ¿Cuál es su nombre? – Pregunta uno de los detectives.

Abuelo no responde.

- Señor... ¿Nos escucha? – Pregunta el otro.

Abuelo asiente con la cabeza. Cuando lo hace su sonrisa gana una especie de eco extraño.

- ¿Puede decirnos su nombre?

Y otra vez silencio.

- ¿No puede hablar, señor?

Y el eco en la sonrisa.

- ¿Tiene usted conocimiento de esta foto? - Pregunta el detective acercándose a Abuelo.

Él deja de mover sus ojos y por un momento los fija en ella. No hace ningún gesto ni tiene ninguna reacción. Vuelve su mirada a los detectives quienes esperan una respuesta que luego de un rato saben que no van a tener.

- ¿Qué le pasará a la gente de acá que nadie puede hablar? – Le pregunta uno al otro.
- No sé. Y tampoco importa. Señor... tenga la bondad de acompañarnos que necesitamos investigar un par de asuntos que le competen – Le dice el detective a Abuelo mientras lo agarra del antebrazo y lo guía para que camine hacia el carro. Él no se resiste.

Atraviesan el jardín, no le ponen esposas pero tampoco se le despegan del lado. Laura, Miguelito y Leopoldo escuchan la sonrisa de Abuelo alejarse y ven la bola de lana desenredarse. Se asoman a la ventana. Ven a los tres caminando, llegando al carro negro, entrando en él. Los detectives cierran la puerta y no ven que a Abuelo lo persigue un hilo de lana azul que cuando se acaba está amarrado a uno verde y ese a uno amarillo y el amarillo a otro hilo azul pero más claro. Prenden el carro negro y vuelven a desaparecer por la esquina. Esta vez no prenden la sirena.

¿Dónde carajos pusiste mis ojos?

Al señor Gonzales se le cae al suelo la taza de café que se está tomando cuando escucha en la radio que el metro de Tokio se retrasó cinco segundos esa mañana. Está en el porche de su casa, sentado en su mecedora, con Groucho al hombro. Los dos escuchan la radio cuando el locutor da la noticia sobre una ambulancia que apareció en la mitad de un bosque y luego dice lo del tren de Tokio y al señor Gonzales se le cae la taza de café y se moja las pantuflas y se quema los pies.

Hace una semana, al señor Gonzales le pasó lo mismo cuando escuchó la noticia que el metro de Nueva York había estado paralizado por siete segundos. Y también el mes pasado, otro martes como hoy, cuando en el metro de Buenos Aires hubo dos trenes que cruzaron la ciudad sin parar en ninguna estación dejando a mucha gente disgustada y a kilómetros de distancia de donde querían llegar. Ese día la noticia no lo agarró sentado en su mecedora ni tomando café. Ese día la noticia lo había agarrado en la ducha, en la mitad de la enjabonada. Esa vez, que era la primera vez que escuchaba algo de los trenes, el señor Gonzales sintió que el mundo se le caía, que le dolía el pecho, que las piernas no le respondían. Tuvo que salir de la ducha sin secarse si quiera. Tuvo que hablar con Groucho seriamente. Debería acostumbrarse a ese tipo de sorpresas, el señor Gonzales. Pero no, para el señor Gonzales esos atrasos no son sorpresas y esos trenes jugando a no querer ser trenes no son una casualidad. Piensa que alguien quiere decirle algo. Que alguien quiere joderle la vida. O peor, que alguien quiere ser como él. El señor Gonzales recoge la taza quebrada del suelo. Hace lo posible por ignorar a Groucho que le alega mientras él seca el reguero con la trapeadora y se lava los pies con la manguera con la que riega el jardín.

Va por otra taza de café, prende el computador, lee en internet el principal periódico de Pakistán. No pasa nada con los trenes de Pakistán. Se alegra un poquito al saber que no pasa nada con esos trenes, todavía. Hasta que Groucho comienza a dar órdenes. Le dice que entre en la página oficial del sistema ferroviario. Con tres códigos y dos marañas el señor Gonzales ingresa en el sistema central. En la pantalla aparece el mapa de Pakistán atravesado por varias líneas que se cruzan entre ellas y varios bombillitos de distintos colores que se mueven de este a oeste, de norte a sur. Groucho le dice que escoja dos de esos bombillitos al azar. El señor Gonzales, cerrando los ojos, poniendo un dedo sobre la pantalla, elige uno rojo y uno verde. El primero va de Islamabad hasta Hyderabad. El otro desde Zhob hasta Rawalpindi. Uno de ellos, el rojo, lleva quinientas treinta personas. El verde lleva doscientos diecisiete animales. Groucho no puede sonreír pero lo haría si pudiera. El señor Gonzales estira los

brazos, se truenan los dedos y se toma un sorbo de café. Escribe en la pantalla muchos símbolos, paréntesis, comillas y letras que forman palabras que sólo él y Groucho entienden. El bombillito rojo, luego de seis segundos, se queda quieto a catorce kilómetros de una ciudad llamada Quetta. Los pasajeros de ese tren sienten un frenazo intempestivo. Muchos de ellos caen de sus sillas y quedan regados en los pasillos. Los niños lloran asustados, el maquinista mueve palancas y hunde botones pero no puede prender la locomotora de nuevo. El señor Gonzales sonríe, se toma otro trago de café. Groucho mueve la cabeza como si de repente le hubiera subido un escalofrío.

Ahora miran el bombillo verde al otro extremo del mapa. A toda velocidad la lucecita va pasando por un pueblo que no habían escuchado nombrar antes: Nok Kundi. Al señor Gonzales le gusta el nombre de ese pueblo que imagina olvidado, lleno de polvo, habitado por gente que no tiene nada para hacer. A Groucho lo tiene sin cuidado eso y lo tienen sin cuidado muchas cosas ahora. Sin embargo le dice al señor Gonzales que no pare este tren. No le quiere quitar a esa gente el espectáculo de ver pasar cuarentaisiete vagones llenos de vacas, gallinas, patos y perros flacos haciendo al mismo tiempo todos los sonidos que son capaces de hacer. Y no les quiere quitar eso porque se le ocurre algo. Se le ocurre darles la sorpresa de hacer pasar el tren no por el carril por donde siempre pasa, sino por el contrario, por donde están acostumbrados a verlo viajar de regreso sin vacas ni patos ni gallinas ni perros flacos. Se siente bien Groucho regalándole a ese pueblo donde nadie se ríe un cuento con el cual se pueden reír por muchos días. El señor Gonzales también se siente bien.

Es en ese momento, cuando le da Enter a su computador y ve el bombillito verde hacer un cambio de rieles, que el señor Gonzales escucha algo en la puerta de su casa. Alguien tira un sobre amarillo por debajo. El señor Gonzales se acerca a la puerta arrastrando sus pantuflas, sin atender a Groucho que le dice que se quede sentado en el computador. Levanta el sobre, lo abre y encuentra una foto adentro. Es una foto suya en la que él está en el porche de su casa, sentado en la mecedora, escuchando noticias, con una taza de café en la mano. Groucho le muerde una oreja. El señor Gonzales, que no le gusta sonreír, sonríe, sale muy contento en la foto, mostrando todos los dientes. Pero es una felicidad extraña porque no recuerda haber sonreído las últimas veces que ha escuchado noticias sentado en su mecedora. Es también extraña esa felicidad porque sigue viéndose alegre así tenga una barba y un bigote mal pintados con marcador. Así no tenga ojos.

Abre la puerta y se encuentra a Miguelito parado en la casa del frente. El señor Gonzales lo llama con un grito, le hace señas con las manos y Miguelito se acerca sonriendo. Le pregunta por la foto y Miguelito le dice que es un regalo. *No me gustan tus regalos*, le dice el señor Gonzales y Miguelito responde que la verdad no le importa si le gustan sus regalos o no. Hay un silencio en el que el señor

Gonzales analiza y trata de decidir cuál de todas las preguntas que tiene rondando en la cabeza quiere hacerle primero, pero a Miguelito parece no importarle lo que piensa el señor Gonzales. Ladea su cabeza, mira adentro de la casa y ve en el computador las lucecitas verde y roja titilando en la pantalla. Le pregunta por qué hay una luz que se mueve y otra que no. El señor Gonzales no le responde, le pregunta qué hizo con los ojos que recortó de la foto. Miguelito vuelve a preguntarle al señor Gonzales dónde queda ese país que tiene forma de pepino. El señor Gonzales le responde que no tiene forma de pepino, que además eso no es asunto de él, que lo mire a la cara y le diga de una vez por todas dónde dejó los ojos que no están en la foto. Miguelito dice que no le puede decir porque es un secreto. Luego, señalando el computador, dice que la luz verde va muy rápido y que titila más de lo que titilaba antes. El señor Gonzales, ya sin paciencia, sin mirar lo que le señala Miguelito, le agarra la cara y lo obliga a que lo mire a los ojos. Miguelito lo mira, pero por un momento no más. Suelta su cara de las manos del señor Gonzales y mira de nuevo el computador. Vuelve a señalar la pantalla, vuelve a repetir lo del punto verde. *¿No debería moverse el bombillito rojo también?* Pregunta Miguelito. *¿Dónde carajos pusiste mis ojos?* Pregunta el señor Gonzales.

La gente de Nok Kundi ve pasar a toda velocidad el tren verde por el riel equivocado arrastrando muchas vacas, patos, gallinas y perros flacos que no se callan hasta siete minutos después, exactamente a catorce kilómetros de una ciudad que se llama Queta, donde el maquinista sigue sin poder encender la locomotora, la gente vuelve a sus sillas y se preguntan entre ellos qué pudo haber pasado. Los niños asustados no dejan de llorar.

García despierta en su ambulancia amarilla.

García se despierta sentado detrás del volante de su ambulancia amarilla, en la mitad de un bosque blanco, con un payaso muerto en la camilla de atrás. A su lado hay conejo que no le ha quitado los ojos de encima mientras ha estado durmiendo. García no sabe nada. No sabe dónde está ni qué hora es. No sabe lo del payaso ni lo del conejo. Todavía. Da un bostezo largo, larguísimo. Estira los brazos y las piernas. Trata de ubicarse en su cabeza y le hace preguntas a la memoria. Nada. Le pasa la mano a la ventana empañada que tiene a su lado. Afuera sólo encuentra nieve y árboles blancos y grises. El cielo con un color muy poco azul. Y entonces de repente, de la nada, siente el olor. Es como si lo hubiera estado esperando, escondido, detrás de él, dándole tiempo para que despertara un poco. Y ahora lo agarra, con fuerza, con toda la fuerza que un olor tiene y le deja los pulmones sin respiros, la nariz dormida, el estómago con ganas de botar lo que tiene adentro.

García se baja del carro lo más rápido que puede tapándose la nariz con la mano. Alcanza a dar cinco pasos hasta que cae arrodillado en el suelo y escupe. Luego vomita lo poco que tiene en el estómago. Dos coca colas, tres cafés, muchas pastillas de colores. La nieve le moja las rodillas y una baba le quema la garganta. Necesita dos minutos para volver a respirar normalmente, para poder pararse de nuevo, para encontrar el aliento. Se da vuelta, da tres pasos atrás y mira su ambulancia. Y es cuando se encuentra al conejo. Sentado en el asiento del pasajero, con dos tubitos de ensayo amarillos en sus pies, sin quitarle todavía los ojos de encima. El conejo no parpadea, sólo tiembla, como él. El frío los hace temblar al mismo tiempo, al mismo ritmo. García intenta acercarse dando tres pasos al frente pero el olor que poco a poco va saliendo de la ambulancia lo detiene. Vuelve atrás. Mira a su alrededor, no hay nada más que árboles blancos y grises. Un frío que es más grande y más fuerte que él. Se mira sus zapatos rojos, su uniforme de paramédico pobre con dos manchas en las rodillas. Se frota los brazos y se sopla las manos pero el aire que bota hace que le duelan los dientes. Revisa sus bolsillos. Encuentra dos mentas y un recibo de supermercado arrugado. Desdobla y lee el recibo. A las 8:43 am compró dos coca colas. Por detrás hay algo escrito con su letra: *Homero C. Hacienda El Gordo*. Esas palabras no le dicen nada a la cabeza de García, guarda el papel de nuevo en su bolsillo y vuelve a las mentas que tiene en la otra mano. Las deja caer al suelo. Las mira. Levanta una de las mentas y la tira lo más lejos que su fuerza y su rabia le dan. Pero se da cuenta que es una mala idea cuándo la lanza y siente que el viento son mil cuchillos enterrándose en su brazo. Se lo cubre rápidamente con el otro pero no lo siente. Se pellizca. Dos veces. Nada. Los dedos no obedecen, nada le obedece. Se desespera, le dan ganas de llorar.

Pero no llora. Se aguanta porque no sabe si se le puedan congelar los ojos. Se siente el peor paramédico del mundo al no estar seguro si se le pueden congelar los ojos por llorar en la nieve. Nunca había estado en la nieve, García. Y no quiere volver. Si sale algún día de ahí sabe que no va a volver. Pero primero necesita su brazo. Y necesita orinar. El frío y los nervios siempre le dan ganas de orinar. Y las ganas de orinar por el frío y por los nervios le dan más rabia. García suspira, muchas veces, vuelve a mirar a su alrededor. Son infinitos los árboles blancos y tristes. Son muy urgentes las ganas de orinar. Su brazo sigue sin responderle, ahora le pesa lo mismo que pueden pesar nueve sandías en un costal. Tiene que usar la otra mano, la que menos usa. Se desabotona, se baja la cremallera, se siente haciendo todo al revés. Hace lo que puede y no lo hace muy bien. Se le caen los pantalones, el viento le congela todo lo que tiene descubierto y le desvía el chorro hacia sus pies. No puede hacer nada para acabar más rápido ni para corregir la trayectoria. Se sube los pantalones mojados mientras siente cómo se le pegan a las piernas.

García no puede aguantar. Sabe que no va a aguantar mucho. Tiene que entrar a la ambulancia y sacar las sábanas, las batas, los guates, las vendas, cualquier cosa que sirva más que ese uniforme transparente que lo tiene a un minuto de convertirlo en hielo. Pero el conejo sigue adentro, temblando. Piensa García, piensa con el poquito tiempo que tiene para pensar cómo puede llegar a la ambulancia sin que el olor lo vuelva a tumbar. Sin asustar al conejo. Decide que lo mejor es irse por la puerta de atrás. Da siete pasos corriendo. Su brazo muerto le da siete golpes en el costado con la fuerza que un brazo muerto tiene. Abre una puerta, abre la otra y se esconde detrás de ella. Espera por cinco segundos a que el olor se esparza. Los cuenta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Repasa en su mente la ubicación de las cosas que necesita sacar. Se tapa la nariz con el cuello de la camisa y va a entrar. Entonces descubre el payaso en la camilla. Con un pantalón de bolitas amarillas y azules, la boca medio abierta, los ojos medio abiertos, la nariz roja todavía puesta. García se queda quieto. Completamente quieto. Por el susto y por el muerto. Porque los sustos y los muertos dejan a cualquiera quieto. Inclusive a él, que trabaja en una ambulancia, que ha visto tantos muertos. Atrás del payaso ve asomadas las orejas del conejo que se mueven buscándolo. Y de nuevo el olor, de nuevo las ganas de vomitar, de nuevo tiene que dar cinco pasos atrás. Desde allí se queda mirando a la ambulancia, al payaso, las orejas del conejo que no dejan de moverse. El frío se siente más duro en los huesos de García. Su cabeza se queda sin ideas y se da cuenta que no tiene salida. Respira profundo, aguanta el respiro, da los cinco pasos al frente y entra a la ambulancia. Su brazo está más frío, más tieso. García con su otra mano le quita el camisón al payaso, los zapatos gigantes, las medias de distinto color. Le quita el pantalón de bolitas amarillas y azules, los calzoncillos, la peluca, la nariz roja. Las orejas del conejo encuentran a García y lo señalan. Él se cuelga

todo al hombro y da de vuelta los cinco pasos mientras siente de nuevo el vomito que le sube por la garganta, las lágrimas otra vez.

Pero esta vez no vomita. Llora. Llora porque no aguanta más. Llora mientras se pone el pantalón, los zapatos, el camisón. Llora como recuerda nunca haber llorado cuando se pone la nariz roja, la peluca y sale a caminar. Aunque tal vez hubiera llorado más, y tal vez sí se le habrían congelado los ojos, si hubiera mirado atrás y hubiera visto su ambulancia perdida, abandonada, en ese bosque triste, en la mitad de los infinitos árboles blancos y grises. Si hubiera visto que lo persigue el conejo.

Yo no sabía que el sol tenía olor.

Yo no sabía que el sol tenía olor. Pero lo tiene. El olor del sol es el olor de las 11 de la mañana de un martes de vacaciones de colegio. Es el patio de mi casa, soy yo sentado en el césped, son mis zapatos naranja brillantes con los que aprendí hace un minuto a amarrarme los cordones. Son muchas cosas tiradas en el suelo alrededor mío. Un tren verde, un elefante de plástico, tres cartas de un naipe que le descompleté a Papá. El popó seco de un perro a dos metros de distancia, siete clips, unas medias veladas rotas y varios papeles en los que dibujé muchos puntos azules con una crayola.

El olor del sol es Mamá apareciendo y desapareciendo en la ventana de la cocina, pelando una zanahoria, metiendo papas, mazorcas y tomates en una olla. Es verla prender un fósforo en la cornisa de la ventana, mover una perilla y mirar cómo hace aparecer un círculo de candela azul en el fogón. Es ella sonriéndome a mí y yo sonriéndole a ella también desde el césped verde, debajo del árbol al que no le he puesto nombre. Se siente rico sentarse debajo de ese árbol sin nombre y debajo de él mirar a Mamá cocinar y sonreírle y sentir que no se puede ser más feliz.

El olor del sol es el radio viejo de Mamá que solo suena canciones de amor y de desprecios y de besos y caricias y de más amores pero imposibles. Es ella cantando esas canciones cuando se siente sola. Es verla quedarse callada y esconder la sonrisa que tenía cuando escucha esa canción triste que no quiere escuchar porque le recuerda la pelea que tuvo con Papá por llevarme al aeropuerto y la hace pensar en él y la hace recordar lo que quiso decir y no dijo y lo que no quiso que yo escuchara pero que escuché. Se le arruga el corazón a Mamá porque se le viene a la mente esa noche larga, larguísima, que estaba tan lejos del olor del sol.

El olor del sol es la sandía gigante que Mamá parte por la mitad dándole siete cuchilladas con toda la fuerza que tiene y con el cuchillo más grande de toda la casa. Es verla embarrarse las manos con la sandía, son las gotas rojas que le ruedan hasta el codo cuando alza el brazo para rascarse la nariz. Es ella rascándose la nariz y arreglándose el copete sin ensuciarse, sin soltar el cuchillo, sin sacarse un ojo. El olor del sol es Mamá saliendo de la casa con un plato amarillo, con su delantal amarillo, con un cigarrillo sin prender en una mano. Es esa sonrisa que le vuelve a aparecer cuando se acerca a mí y me entrega el plato en el que hay tres pedazos de sandía. Yo le quiero contar que aprendí a amarrarme los cordones pero por alguna razón no lo hago. La veo que me guiña el ojo y vuelve a la casa pero no entra

porque en la puerta parece acordarse de algo y entonces se devuelve y se sienta en las escalas. El olor del sol es ese cigarrillo que Mamá no ha prendido porque tiene la mirada perdida en las únicas tres nubes que hay en el cielo. Soy yo mordiendo el primer pedazo de sandía. Son las cuatro semillas que me saco de la boca.

El olor del sol es el olor de mi sopa preferida (porque soy el único niño que conozco que tiene sopa preferida) saliendo por la ventana de la cocina. Es la olla encima del círculo de candela azul, el ruido del caldo gorgoteando adentro con la zanahoria y los tomates y las mazorcas.

El olor del sol soy yo sentado, en el patio de la casa, mirándola en las escalas, escuchando todo el silencio que Mamá tiene y ella preguntándose qué tanto la miro yo. Es dejar de escuchar la olla gorgotear de un momento a otro. Es ver llegar el carro de Papá, él bajándose mientras mira el suelo, verlo caminar sin ganas. Es Papá convertido en un fantasma que da pesar. La olla que dejado de sonar y ninguno se da cuenta, sólo yo que estoy preocupado, preocupado por Mamá, por Papá y por mi sopa. Por el olor del sol que de un momento a otro ya no es el olor del sol si no que es un aire raro que sale de la ventana de la cocina y que hace que todo huela feo. Que todo huela a peo.

Papá le pregunta a Mamá que desde cuándo fuma pero ella no responde. Ninguno de los dos me mira a mí sentado debajo del árbol. *Te traigo un pedazo de sandía* le dice Mamá a Papá mientras lo deja parado en la puerta y ella se va con su cigarrillo apagado en la boca. Mamá tiene que sentir que el olor del sol se fue y hay otro olor raro en la cocina. Tiene que sentir que la olla ya no suena. Mamá debe saber todo eso. Mientras tanto Papá sigue sin encontrarme, sin ni siquiera mirar para el árbol. Observa sus zapatos. El olor que no es del sol sigue llegándome desde la cocina y de un momento a otro comienzo a sentirme sin fuerzas, con la cabeza liviana y pesada a la vez, ya no tengo hambre y quiero vomitar la sandía. Mamá adentro también debe tener ganas de vomitar, debe estar tambaleándose en la cocina. Ojalá Mamá no tenga el cuchillo en la mano, ojalá sepa de donde viene el olor. A Papá también le llega a donde está parado y ya no mira sus zapatos si no que alza su cabeza, alza la nariz y mueve la cara para todas partes tratando de encontrar eso que no se parece en nada al olor del sol y que me tiene a mí viendo a dos Papás, cuatro zapatos naranja, dos Mamás que salen a las ventanas de las cocinas con dos cigarrillos en sus bocas y cada una con dos fósforos en las manos. Mis dos Papás miran a mis dos Mamás con los cigarrillos y los fósforos y luego me miran a mí que sigo sentado en el césped, con un hipo sabor a sandía que me llega de repente, queriéndole contar que ya aprendí a amarrarme los zapatos

pero las caras de esos Papás están llenas de angustia y se agarran la cabeza y salen corriendo hacia la calle, a esconderse detrás de sus carros grandes, cuadrados y pesados como edificios, y desde allá me miran, me llaman con las dos manos y también les gritan a Mamás en las cocinas, diciéndoles a Mamás que no prendan los fósforos, que por nada del mundo vayan a prender los fósforos pero ninguna Mamá escucha y las dos al tiempo restriegan los fósforos en las cornisas de las ventanas y yo siento sueño y susto y frío y luego el estallido y las cosas volando por el aire y Mamá, otra vez una sola Mamá, sin sonrisa volando por el aire y Papá, el mismo Papá, escondido detrás del carro y yo lejos, muy, muy lejos, viendo alejarse aun más el césped verde, el árbol sin nombre, mis zapatos naranja, el tren, el elefante, mis papeles con los puntos azules. Papá, Mamá, el olor del sol.

Jesús en los parlantes.

Todo el mundo alza los brazos y grita y aplaude cuando escuchan a Jesús en los parlantes. Algunos lloran. Todo el mundo son cincuenta viejitos y viejitas metidos en el garaje de la casa de Laura haciendo bulla un domingo por la tarde. Están sentados en sillas de plástico blancas mirando hacia una tarima no muy alta donde hay una cruz de madera gigante. Los papás de Laura, también en la tarima, están sentados en sillas negras de cuero, divisando el infinito por encima de las cabezas de esos viejitos, escuchando a Jesús en los parlantes.

- Hermanas, hermanos, gracias por venir, por acompañarme en este hermoso día. – Dice Jesús y deja que su voz retumbe en el garaje. Aclara la garganta antes de seguir - Es para mí un verdadero placer estar con ustedes aquí. La paz y la gracia los acompañe siempre.

Comienza Jesús, pero diciendo mentiras. Dice que está ahí cuando en realidad no está. Es su voz en los parlantes haciendo que la gente se lo imagine, pero no hay nadie. Da igual, a los viejitos parece ser que les gustan esas mentiras de Jesús y no les importa saber dónde está, ni desde dónde les está hablando. Sólo ladean la cabeza, cierran los ojos y le sonríen al techo.

- Primero que nada quiero expresar mi enorme gratitud para con él, quien con su voluntad permite que esté entre ustedes compartiéndoles su poderoso mensaje. Maestro – vuelve a hacer otra pausa y vuelve a dar otro respiro- te pido que con tu inmensidad glorifiques desde lo alto, le hables a todas estas personas, a todas estas almas pecadoras, a través de la palabra espiritual, a través de mí.

Y silencio. El garaje se queda de nuevo vacío sin la voz de Jesús pero se llena con los suspiros que hacen todos los viejitos al mismo tiempo.

Laura no está en el garaje escuchando a Jesús, está en el jardín jugando con una gallina. Juegan el único juego que se puede jugar con una gallina amarrada a un árbol: a las adivinanzas. Laura tiene varios granos de maíz en su bolsillo, saca dos o tres. Pone sus manos en la espalda e intercambia los granos de una mano a otra para despistarla. Luego estira sus manos cerradas y, si picotea la mano en la que están los granos, se los puede comer. Si no, vuelven a empezar.

- ¿Cómo se llama tu gallina? - Pregunta un niño pelirrojo que se le acerca sin que ella se dé cuenta.
- Cleopatra.

Desde donde está Laura sentada no puede verle cara a ese niño pues el sol gigante de ese domingo le queda como una corona a esa cabeza roja. Le duelen los ojos y tiene que voltear de nuevo a mirar a la gallina.

- ¿Y sabes quién es Cleopatra?
- No pero es un nombre muy bonito.
- ¿Tú también te llamas Cleopatra?
- Yo me llamo Laura.
- Y yo me llamo Miguelito – dice y se sienta al lado de ella.
- Yo sé... tú eres el hijo de Jesús, el señor que vive en aquella casa.
- Mi papá no se llama Jesús, se llama Miguel, por eso yo me llamo Miguelito.
- Pero tu papá es Jesús... ¿o no?
- Mi papá es mucha gente.
- ¿Quieres jugar?
- Claro... pero tengo otro juego mejor. ¿Te lo muestro?
- ¿Es más divertido que este juego?
- Es más divertido que cualquier cosa en el mundo.

Miguelito se para y sale corriendo sin esperar la respuesta de Laura. Cruza la calle sin mirar y entra a su casa. Su papá está sentado en la sala en calzoncillos, bata de baño abierta y medias de color gris ratón. Usa unos audífonos grandes y le habla a un micrófono que tiene en la mano. Dice algo sobre unas preguntas que la gente se hace y las respuestas que no tienen. En la mitad de esa frase Miguelito pasa por el frente de él y lo saluda con la mano. Su papá le devuelve el saludo sin ganas y no deja de hablar en el micrófono.

- Estamos buscando respuestas – Continúa Jesús después de volver a aclarar su garganta- toda nuestra vida se nos va en la frustrante labor de buscarle respuesta al millón de preguntas que no logramos responder. Dónde estamos, quiénes somos, a dónde vamos. Y no logramos responder esas preguntas porque buscamos muchas posibles respuestas cuando en realidad es sólo una. Y

ha estado frente a nosotros todo el tiempo. Sabemos la respuesta, siempre la hemos sabido, pero... es como si nos diera miedo afrontarla.

Y vuelven a suspirar los viejitos.

- ¿Pero de dónde viene el miedo? ¿Quién nos amarró con esa cadena que se llama miedo? ¿Es justo vivir así? ¿Sin respuestas pero con miedo?

Miguelito vuelve a cruzar la calle corriendo, trae una bola de lana azul en la mano.

- ¿Tú quieres mucho a Cleopatra?
- Sí, claro... la conocí hoy.
- ¿Y cómo la conociste?
- Mis papás la trajeron esta mañana y la amarraron al árbol. Me dijeron que la cuidara.
- ¿Dónde aprendiste a cuidar gallinas?
- Aprendí cuando era chiquita. ¿Para qué es la lana?
- Para amarrar a Cleopatra.
- ¿El juego es amarrar a Cleopatra dos veces?
- Ya vas a ver... ¿Sabes hacer nudos?
- No.
- Yo sí... mi papá me enseñó a hacer cometas.

Miguelito amarra a Cleopatra de una pata con la lana. La desamarra del árbol.

- Si adivinas el color del próximo carro que va a pasar puedes empezar tú. – Dice.

- Los sacrificios nos enseñan cosas. Los sacrificios son caminos que el Grandísimo desde su inmensidad nos señala para ayudarnos a entender las cosas. Para aprender. Aprendamos, y aprehendamos entonces, la gloria del sacrificio que se nos ofrece hoy.

Para este momento la entonación de las palabras que Jesús pronuncia, la manera en la que dice *sacrificio* y *Grandísimo*, el silencio que deja después de decir un *hoy* que se pierde en el eco más cortico del mundo, hace a los viejitos abrir los ojos de nuevo, pero esta vez llenos de lágrimas. Los cien ojos de todos esos cincuenta viejitos y viejitas están a punto de botar doscientas lágrimas al mismo tiempo. Pero sólo ruedan tres, todas de un mismo ojo, el único que le funciona al Señor Gonzales.

Laura se equivoca diciendo que el próximo es un carro rojo. Pasa uno azul y por eso Miguelito tiene la lana en la mano. Ella se para a un costado de la calle, mira para ambos lados y se asegura que no vengan más carros. Llega hasta la mitad y deja todos los granos de maíz que tiene en el bolsillo en un montoncito que levanta con las manos. Corre de vuelta al jardín y se sienta.

Miguelito chifla duro, muy duro, tan duro que deja a Laura aturdida de un oído, asusta a Cleopatra que sale corriendo y hace que Jesús deje de hablar por un momento. A Cleopatra, al igual que todas las gallinas del mundo, los sustos no le duran mucho. A Cleopatra, al igual que Miguelito, no le enseñaron a mirar antes de cruzar una calle. Encuentra los granos que Laura puso en el suelo y comienza a comerlos con ese afán que tiene las gallinas al comer.

- El sacrificio de hoy es muy bello, es muy hermoso. Se necesita fe, valentía, determinación. Hermanos y hermanas eso es lo que veo en este garaje hoy. Veo decisión, veo... - y se queda callado por un momento porque escucha en la calle un chiflido que le interrumpe el discurso.

Los viejitos aprovechan la interrupción para mirarse las caras entre ellos y comprobar lo que Jesús está diciendo que ve.

- Veo muchas cosas hermanos y hermanas, veo muchas cosas porque soy capaz de verlo todo. Pero... pero... por lo pronto... y para no alargar más esta homilía, vamos a unir nuestros corazones amparados en la pasión del Maestro y vamos a continuar con esta ceremonia.

Un carro rojo dobla la esquina y a Laura le da un poquito de alegría. Pero por un momento no más, porque se acuerda de Cleopatra. De la pobre Cleopatra que le falta muchos granos por masticar y al carro rojo muy pocos metros para alcanzarla. El señor que maneja, un señor de bigote con camisa de palmeras azules, no parece tener intención de frenar. Es más, acelera el carro a fondo, deja que una

sonrisa le salga a un costado de la boca y agarra el volante con las dos manos. Cleopatra sólo mastica y traga granos de maíz tomándose su tiempo, todo el tiempo que no sabe que le queda. Hasta que suenan las llantas, hacen un estruendo largo y sostenido que corta todos los sonidos de la cuadra en dos, que hace callar de nuevo a Jesús. Cuatro milésimas de segundo antes de ese escándalo Miguelito hala la lana con las dos manos y arrastra a Cleopatra con todas sus fuerzas y esta viene saltando y volando como saltan y vuelan las gallinas, soltando plumas que se quedan flotando en el aire, encima de la capota del carro.

El señor con la camisa de palmeras azules, todavía sonriendo, arranca de nuevo en su carro. Miguelito se carcajea, Laura lo mira extrañada y mira luego a Cleopatra que se queda quieta por tres segundos. En los ojos de la gallina Laura puede ver algo negro que sabe que es miedo, el miedo puro. Y Laura está segura que ella también tiene ese negro en los ojos. Los ojos de Miguelito no puede verlos porque está tirado en el suelo de espaldas, sin parar de reír. Cleopatra sacude el pescuezo, las alas, el escalofrío que la tiene temblando. La mamá de Laura sale del garaje, se para en la entrada y le grita. Laura se acerca corriendo. Su mamá le pregunta que qué está haciendo pero no espera a que Laura le responda si no que vuelve a preguntar si le pasó algo a la gallina y tampoco espera esa respuesta y le ordena que se la traiga inmediatamente. Laura va por Cleopatra, le toca perseguirla por un rato y eso le causa más gracia a Miguelito y más impaciencia a su mamá. Por fin la alcanza, la lleva cargada en los dos brazos, trata de mirarle los ojos a la gallina pero no deja de mover la cabeza para todos lados. Su mamá se la arrebató agarrándola de las dos patas, sin reparar en el hilo de lana azul que todavía tiene amarrado, y entra de nuevo al garaje con Cleopatra colgando de cabeza a dos centímetros del suelo. Pasa por la mitad de los viejitos sentados dejando más plumas detrás de ella.

Laura no alcanza a ver mucho de lo que ocurre porque los viejitos se ponen de pío cuando la mamá de Laura llega a la tarima y se para frente a la cruz. Alza a Cleopatra por encima de las cabezas de los viejitos. Jesús sigue diciendo cosas en los parlantes. Dice cosas que Laura no quiere escuchar. No las quiere escuchar porque son cosas que Jesús no debería de decir. Son cosas que hacen que los viejitos aplaudan y se abracen y que las manos de la mamá de Laura se aprieten el pescuezo de Cleopatra. Son cosas que hacen crecer aun más el negro en los ojos de la gallina, Laura siente crecer el negro en sus ojos también. Miguelito ya no ríe y sigue con la lana entre sus manos sin hacer nada.

Todo el mundo alza los brazos y grita y aplaude cuando escuchan a Jesús decir unas últimas palabras en los parlantes. Algunos lloran. Laura también.

García y el farmacéuta.

García lleva tres horas mirando a través de la ventana de la farmacia y eso preocupa al farmacéuta. Es raro tener a un payaso mirándolo a uno por tres horas. Es raro que ese payaso no parpadee y en cambio tiemble y tiemble y no deje de temblar. Es raro también que sonría y que sus dientes sonriendo y chocando entre ellos puedan escucharse a través del vidrio. Pero es mucho más raro que haya un conejo a sus pies que no se le despegue en todo el tiempo que se queda en la ventana de la farmacia.

El farmacéuta llama a la inspección de policía pero al otro lado del teléfono una voz gruesa, como de gigante acabado de levantar, le dice que no lo pueden atender porque están muy ocupados. Todos los detectives están en una misión muy importante. Entonces el farmacéuta pregunta qué pueden estar haciendo todos los detectives de la ciudad al mismo tiempo y la voz le responde que no le puede contar porque eso no es de su incumbencia. Sin embargo el farmacéuta, con mucha paciencia, con delicadeza, alega que él es un ciudadano de bien que necesita la ayuda de alguien pues hay un payaso que lo está mirando. Vuelve a preguntar qué pueden estar haciendo todos los detectives de la ciudad que al menos uno no pueda salvarlo del embrollo en el que está. La voz gigante le dice que están tratando de encontrar la razón por la cual un señor se murió bailando debajo de un carro parqueado. El farmacéuta respira profundo dos veces, despacio, trata que no se le vaya la paciencia. Le dice a ese señor al otro lado del teléfono que eso es ridículo, que nadie puede, ni quiere, bailar debajo de un carro parqueado. Que si los detectives de esa ciudad fueran un poquito más inteligentes se darían cuenta que si alguien muere “bailando” debajo de un carro puede ser por dos razones: o por muerte natural o por homicidio y, como en esa ciudad nadie muere por muerte natural, le aconsejaría que enviara un detective a su farmacia lo más rápido posible para espantar el payaso y, por ahí derecho, él le daría el nombre de la única persona que compró veneno esta semana. *Eso puede ser una pista* dice y cuelga. Luego mira a García y García lo mira a él detrás del vidrio.

Seis segundos después el teléfono de la farmacia suena de nuevo. El farmacéuta lo deja sonar tres veces en lo que piensa cómo los detectives pudieron haberse dado cuenta que el tipo estaba bailando antes de morir.

- Pudo haber muerto ahogado también... ¿no cree? – Dice la voz ronca, sin saludar.
- No, no pudo haber sido eso – dice el farmacéuta.
- ¿Cómo lo sabe? ¿Estuvo usted ahí?

- No, no estuve ahí, pero lo deduzco ya que no se necesitan a todos los detectives de la ciudad para saber si un muerto murió ahogado o no. Tuvo que haber sido algo más.
- Tiene usted razón – dice la voz ya no tan gigante, casi desapareciéndose.
- ¿Ya viene el detective a mi farmacia?
- ¿Dijo usted que un payaso lo estaba mirando?
- Exacto. Y un conejo también.
- Pero eso no es ningún crimen.
- Pero da susto.
- ¿Ya le pidió que se fuera?
- No.
- ¿Por qué?
- Porque para eso están los detectives.
- Tiene usted razón otra vez.
- ¿Y bueno?
- ¿Me decía usted que tiene los nombres de las personas que compraron veneno esta semana?
- El nombre, es sólo un nombre. Uno.
- ¿Y por qué vende usted veneno en su farmacia?
- ...
- ¿Señor?
- ...
- ¿Señor? ¿Sigue ahí?
- Aquí estoy.
- ¿Ocurre algo?
- El payaso parpadeó.
- ¿Perdón?
- Acaba de parpadear... lleva tres horas mirándome en la ventana y es la primera vez que parpadea. Por favor, por lo que más quiera... envíe un detective a mi farmacia lo más pronto que pueda. – Y se le quiebra la voz.
- ¿Quiere que le envíe un detective porque un payaso parpadeó? – Dice otra vez la voz haciéndose grande, ronca. Hay algo de risa en ella.

Pero nadie le contesta porque el farmaceuta deja caer el teléfono al suelo cuando ve que García abre la puerta de la farmacia. La voz al otro lado pregunta si algo raro pasa allí. Entra primero el conejo saltando y moviendo las orejas, luego entra García. Su sonrisa es lo único que suena en la farmacia. Eso y el segundero de un reloj que hay pegado en una pared. El farmaceuta da dos pasos atrás, se tropieza con un estante y caen tres frascos de pastillas de colores al suelo que se revientan. No las recoge, sigue dando pasos atrás. La voz al otro lado del teléfono pregunta de nuevo si ocurre algo allí. El conejo vuelve a dar un par de saltos, vuelve a mover las orejas y se queda quieto un momento disfrutando el olor de la farmacia. García también lo disfruta, se levanta la nariz roja, cierra los ojos. Luego dice *ahhhh* y deja que su sonrisa vuelva a sonar. *Señor, señor, ya mandamos una patrulla, por favor resguárdese en un lugar seguro, no intente nada que pueda ponerlo en peligro* dice el teléfono en el suelo pero el farmaceuta no lo escucha. Trata de abrir uno de los cajones del mostrador aprovechando que García sigue con los ojos cerrados y que el conejo no se mueve. Lo hace muy despacio, sin hacer ningún ruido. Pero el cajón es muy grande, muy pesado y se le hace difícil al farmaceuta.

García vuelve a abrir los ojos, se vuelve a poner la nariz roja. Se agacha y comienza a recoger una por una las pastillas de colores que hay regadas en el suelo. Las guarda en el bolsillo de su camión. Levanta al conejo en una mano y se acerca al mostrador donde el farmaceuta sigue sin poder abrir el cajón. García sonríe, siempre sonríe pero esta vez parece que lo hiciera con ganas. Deja al conejo al frente del farmaceuta mientras le da la vuelta al mostrador y pasa al otro lado. El farmaceuta no se mueve porque piensa que el conejo lo está mirando. Pero no, así el conejo tenga los ojos puestos en él no lo está mirando. Lo huele, que es distinto. Huele el terror saliendo en el aliento del farmaceuta. Sabe que es terror porque es parecido al olor del mago el día del cumpleaños en la casa con zoológico.

García recorre los estantes y llena los bolsillos de su pantalón de bolitas amarillas y azules con muchos frascos de pastillas de colores. El conejo levanta la cabeza, sus orejas señalan la puerta de la farmacia. De un salto cae del mostrador al suelo. Con otros seis saltos llega a la puerta y se queda ahí parado con las orejas pegadas al vidrio. García mira al conejo, mira al farmaceuta que sigue con una mano tratando de abrir el cajón, mira el reloj que dice que son las 11:55. Luego ve en el teléfono en el suelo y lo levanta, escucha a la voz diciendo *en estos casos lo mejor es mantener la calma, mantener pensamientos positivos*. García cuelga el teléfono y sale de nuevo detrás del mostrador. El farmaceuta lo ve llegar a la puerta, lo ve agarrar el conejo en la mano y entonces hala con todas sus fuerzas la manija del cajón hasta que logra abrirlo.

García empuja la puerta y siente el calor de la calle de nuevo pegándole en la cara. Escucha al farmaceuta que lo llama, *Hey, usted*, le dice y García voltea, el conejo también voltea y entonces García

puede ver al farmaceuta sosteniendo un objeto negro con sus dos manos. Le apunta con ese algo que García no logra reconocer. El farmaceuta cierra uno de sus ojos y mira a través del aparato negro tratando que no le tiemblen las manos, de mantener a García y al conejo en la mira. Y entonces dispara. Y por medio segundo hay una luz que ilumina toda la farmacia. Una luz que deja al farmaceuta ciego, a García ciego y al conejo... bueno, el conejo es el único que no ve la luz.

Luego de un momento las imágenes vuelven a los ojos de García, reconoce la farmacia, el farmaceuta, el conejo; todo sigue en su sitio, en su orden. El aparato negro sigue en las manos del farmaceuta y ahora hace un ruido y escupe una hoja de papel. García se devuelve donde el farmaceuta quien no sale de su ceguera momentánea. Agarra la hoja de papel del aparato y ve en ella un cuadro gris. Se queda mirándolo por un momento y de repente el cuadro gris se convierte en su cara y en su nariz roja y en su peluca naranjada y en sus ojos llenos de sorpresa. El conejo también está ahí. García le quita de las manos el aparato al farmaceuta, lo agarra con mucho cuidado, con demasiado asombro. Lo inspecciona por todas partes.

Sale de la farmacia mientras el farmaceuta le grita que vuelva, que espere, que se apiade de él que se ha quedado ciego. Pero García no escucha ni eso ni nada. No escucha la sirena de la patrulla que viene llegando por la otra esquina. Cree por un momento que su sonrisa ha dejado de sonar.

Los pilotos muertos.

Papá tiene un amigo piloto que nunca se viste de piloto porque dice que el uniforme no le queda bien con su bigote. Prefiere usar siempre la misma camisa de palmeras azules porque es especial, porque supuestamente le trae la suerte. El amigo de Papá siempre está hablando de la suerte. Y siempre está hablando de su camisa. “*Al hombre sin suerte lo pintó Dios muerto*”, “*Despídete de la gente deseándole suerte, así sea alguien que no te gusta*”, “*Las palmeras azules me hacen pensar en tardes bonitas*”, “*Las camisas de seda son frías, pero la mía es la más fresquita*”. Yo recuerdo todas esas cosas porque cada vez las comienza diciendo: *Recuerda bien esto Caricatura*. Y me sonrío o me guiña el ojo o me revuelca el pelo.

A Papá no le gusta tanto hablar con su amigo. Es más, no parecen amigos. Si no se abrazaran cuando se saludan y se despiden yo diría que no se caen bien. Los martes se encuentran en el aeropuerto en una oficina pequeña que el amigo de Papá tiene en la esquina de un garaje para aviones. Me gusta ir con Papá los martes al garaje para aviones porque debajo de ese techo alto altísimo todo el mundo se ve enano. Papá, su amigo, los cinco señores que siempre lo están cuidando. Y me gusta también ir porque siempre quiero tocar los aviones por fuera y olerlos y creer que así huele el cielo.

Hoy es distinto. Hoy hacen bajar a Papá del carro antes de entrar al aeropuerto. Uno de los señores que siempre están cuidando al amigo de Papá le dice que se baje y que ponga las manos en la ventana y que abra los pies. Papá hace todo eso en silencio así ese señor nunca le diga por favor. Le pasa las manos por todo el cuerpo, le revisa los bolsillos, hace un chiste sobre la barriga de Papá y sólo se ríe él. A mí me encuentra sentado el asiento de pasajeros y me dice *¿Cómo está la Caricatura?* Pero yo no le respondo y él tampoco espera a que yo le responda sino que le da una palmada en la espalda a Papá y le sonrío y le dice que *Bien pueda siga, por favor*.

Papá parquea su carro en el garaje para aviones y ya no se ve tan gigante, ni tan alto, ni tan ancho, ni pesado como un edificio, ahora se ve como si fuera en miniatura. Su amigo está sentado en la oficina con su camisa de palmeras azules, con sus zapatos blancos sin cordones encima del escritorio, peinándose el bigote con los dedos mientras se mira en un espejo pequeño que tiene en la mano. Cuando ve a Papá se levanta, se hace el sorprendido y le da un abrazo que dura más de lo que normalmente

durán sus abrazos. A mí me guiña el ojo, me sonrío y me revuelca el pelo. Todo al mismo tiempo y sin decirme nada para recordar.

El amigo de Papá se ve inquieto, se truenan los dedos, le cambia el orden a las cosas que tiene en su escritorio y se pasa muchas veces la lengua por los dientes mientras habla. Papá me agarra de la mano y no me deja ir a oler los aviones así yo le digo que me voy a aburrir estando ahí. Y al momentico yo me aburro de estar ahí y de escuchar cosas que no entiendo y entonces lo único interesante que encuentro por hacer es tocarle la camisa al amigo de Papá. Agarro un pedazo entre los dedos y siento la tela fría, porque siempre está fría. Miro las palmeras azules y creo que el amigo de Papá tiene razón, esa camisa es especial y le dan ganas a uno de acordarse de tardes que fueron bonitas. Él se da cuenta que le estoy tocando la camisa e interrumpe lo que está diciendo y me mira y me dice que me va a contar una historia. La historia de la camisa. Papá le dice que no hay tiempo, que tienen que resolver el asunto de un tal Gordo y que el Gordo esto y el Gordo aquello. El amigo de Papá me pregunta si yo sé quién es el Gordo del que habla Papá y Papá responde por mí diciendo que no y que ya luego él me contará quién es pero que ahora no porque hay afán y que... El amigo de Papá no le presta atención, se arrodilla y nuestros ojos quedan a la misma altura. Pero los ojos del amigo de Papá no pueden ver los míos sino que miran mi nariz, mis orejas, mis cachetes, mis cejas, todo, menos mis ojos.

- Tranquilo Raúl... no veo cuál es el problema... - Le dice a Papá y le alza los hombros. Luego me dice a mí - Recuerda esto Caricatura, recuerda esta historia: el Gordo es el señor que me regaló esta camisa. El Gordo es un señor con mucha suerte, con la suerte más grande del mundo. Tiene muchas cosas, muchas casas, muchos carros, todos esos aviones que ves afuera. También tiene muchas camisas, una para cada día del año. Lo que hace el Gordo es que todos los días se pone una camisa distinta y sale a trabajar y hacer lo que siempre hace y entonces por la noche antes de irse a la casa a descansar decide regalarle la camisa que está usando a alguien más. Alguien que le haya hecho especial el día.
- Eso no es verdad - dice Papá frunciendo el ceño.
- ¿Tú no tienes una, Raúl?
- ¿Tienes una Papá? – Pregunto yo y siento que los ojos se me iluminan.
- Sí, tenía una pero la boté.
- ¿La botaste? – dice el amigo de Papá
- ¿La botaste? – Pregunto yo una milésima de segundo después.

- La boté porque estaba sucia.
- El Gordo nunca ensuciaba las camisas.
- Créeme que estaba sucia.
- Tu Papá es un tipo loco – Dice el amigo de Papá susurrándome y mirándome de reojo.
- ¿Era de palmeras azules?
- Pudo haber sido de gatos color fucsia... pero créeme amiguito, uno no bota la suerte porque está sucia.
- ¿Ah? – pregunto yo.
- ¿Ah? – pregunta Papá un rato después.
- Esta camisa que tú ves acá, esta era la camisa que el Gordo estaba usando el día que le pusieron su nombre a un barrio. Hay un barrio en esta ciudad con el nombre del Gordo, no se llama Barrio Gordo, claro, pero tiene su nombre. Porque él con su plata hizo todas las casas y se las dio a un montón de gente y entonces a ese barrio le pusieron su nombre. Yo estaba ahí, ese día, y me acuerdo que en la mitad del barrio había una cancha de fútbol, él había mandado a construir una cancha de fútbol para que la gente jugara pero ese día la gente se había reunido ahí para esperarlo porque él iba a ir allá a hablarles y a regalarles las casas. Y bueno, él llegó, con su camisa de palmeras azules, esta que tú ves acá, y habló muy bonito y la gente estaba feliz y hasta lo hicieron patear un balón. Y entonces, antes de irse, me miró a mí, me saludó y me regaló la camisa.
- ¿Y se fue sin camisa para la casa?
- Se fue sin camisa para la casa.
- ¿Y por qué usted dice que tiene suerte?
- Porque me la pongo cuando voy a volar. He ido a Estados Unidos 374 veces, óyelo bien, 374, y siempre he vuelto. Si eso no es suerte no sé que es.
- Ya puedes ir a oler los aviones - Dice Papá apretándome la mano.
- ¿Y usted qué hizo de especial para que le diera la camisa? –Pregunto yo soltándome de la mano de Papá.
- Volver, volver cada vez que voy.
- ¿Y es que es muy difícil volver si uno va a Estados Unidos?
- Ya está bien de preguntas, andate a oler los aviones. –Dice Papá abriendo los ojos y alzando las cejas.

El amigo de Papá se despide con la mano y salgo de su oficina. Yo salgo despacio, sin querer salir. Mientras cruzo la puerta escucho que el amigo de Papá le pregunta que de dónde saqué yo ese vicio tan raro y Papá dice que no sabe. Que no tiene la menor idea.

Los señores que cuidan el amigo de Papá siempre están parados en las cuatro esquinas del garaje para aviones. Uno de ellos se llama Yoni y no es tan señor, solo tiene diez años más que yo. Todavía tiene cara de niño pero es serio como cualquier grande. Los martes cuando voy al aeropuerto Yoni tiene que cuidarme. El amigo de Papá se lo ordena. *Que no vaya a hacer ningún daño*, escuché que le dijo una vez. Le pregunté a Yoni qué podría dañar yo ahí si sólo hay aviones pero no me dijo nada. Yoni me cuida pero no me habla.

Hoy también hay algo raro en él. Hay algo raro porque hoy dice algo.

- Hey, Caricatura. – Me llama cuando me ve salir de la oficina y ve que me quedo mirando un carro negro que parquea al lado del de Papá.

Yoni está parado al lado de la puerta, recostado contra una pared limpiándose los dientes con un palillo. Me hace señas con la cabeza. Yo me acerco mientras le detallo la camisa, muy parecida a la del amigo de Papá pero con triángulos verdes.

- ¿Por qué todo el mundo acá cree que yo me llamo Caricatura?
- Sabemos que no te llamás Caricatura... sólo es un apodo.
- ¿Quién te regaló esa camisa Yoni?
- Me la regaló mi mamá.
- ¿No te ha regalado nunca una camisa el Gordo?
- ¿Y es que vos sabés quién es el Gordo?
- Pues claro, es el señor que le regala camisas y casas a la gente – Digo y veo bajar del carro negro a dos señores con gafas y gabán. Entran a la oficina donde están Papá y su amigo.
- Bueno... pues a mí no me regaló una camisa porque ya me regaló una casa. Allá vive mi mamá.
- ¿Vas a ir a jugar en los aviones?
- Yo no juego en los aviones. Yo los huelo.
- Ok... ¿Vas a ir a oler los aviones?
- Ya no tengo ganas.
- ¿Por qué?

- Se me quitaron... ¿El Gordo viene hoy?
- No, él nunca viene.
- ¿Por qué?
- Porque no tiene que venir. Para eso manda a tu Papá.

Y entonces miro de nuevo la oficina. Papá es el único que está sentado en una silla, su amigo y los señores del gabán están parados alrededor de él. Le dicen cosas pero Papá no dice nada. Pregunto volteando de nuevo la cara hacia Yoni pero manteniendo los ojos en la oficina.

- ¿Tú lo conoces?
- Lo vi una vez.
- ¿Cuándo te regaló la casa?
- No, cuando me regaló la casa yo no estaba ahí, estaba mi mamá. Yo estaba en la casa de él recibiendo unas jirafas.
- ¿Unas jirafas?
- Unas jirafas. El Gordo había comprado tres jirafas para un zoológico que tiene en la casa y me mandó a mí y a Peluca Vieja y a Mango Chupao y a Jeta é caucho y Juanetes a que las recibiéramos - Dice señalando cada una de las esquinas del garaje donde están parados todos los que menciona.
- ¿Y a qué huele una jirafa?
- Como a arena, creo.
- ¿Y qué más hay en ese zoológico?
- Un montón de animales... hay hipopótamos, cocodrilos, hay un rinoceronte y como cuatro elefantes. También hay loros y panteras y unas culebras que miden como de siete metros.
- ¿Y lo conociste en el zoológico?
- No, lo conocí cuando me regaló la moto.
- ¿También te regaló una moto?
- Ajá.
- ¿Y qué hiciste para que te regalara la moto?
- Un montón de cosas – responde y mira al suelo.

Yo aprovecho y miro de nuevo la oficina. Papá sigue sentado, sin decir nada. Uno de los señores de gabán le habla, el otro señor y el amigo de Papá hablan entre ellos de espaldas en un rincón.

- ¿Querés dar una vuelta? – Me pregunta Yoni tirando el palillo con los dedos.

Yo le digo que sí con la cabeza, digo sí por mucho rato para que a él no le quepa duda. Caminamos, damos los quinientos sesenta y tres pasos que se necesitan para llegar al otro extremo del garaje, yo siempre voy detrás de él. Quiero preguntarle a Yoni por qué me está hablando hoy, por qué hoy quiere darme una vuelta en su moto. Pero me arrepiento, se me quitan las ganas.

Pasamos por el lado del carro de Papá. Los tres señores de siempre están sacando las cajas que Papá trae en su carro y las meten en uno de los aviones, el amarillo, el que huele a melocotón. Todos me saludan. *Caricatura. Caricatura. Caricatura.*

La moto de Yoni es roja y tiene pegadas calcomanías que imitan una candela. En el asiento está escrito su nombre también con letras de candela. Prende la moto, la acelera y suena como una cascada de latas de aluminio rodando por unas escaleras.

- ¿Vos ya has montado en moto?

Le digo que no con la cabeza mientras me dejo levantar de los sobacos.

- Te tenés que agarrar duro que o si no te caés.- Me dice y yo me agarro con las dos manos de su camisa de triángulos verdes.

Él vuelve a acelerar varias veces y deja que la moto haga su bulla, que la cascada de latas cayendo aturda a todos los que están en el garaje para aviones. Pero Papá en la oficina no voltea con el escándalo, ni tampoco su amigo ni los señores. Y de repente arrancamos. El impulso me tira para atrás pero la camisa de Yoni no me deja caer. Pongo la frente en la espalda de él y veo mis pies colgando y debajo de ellos el asfalto pasando rápido. Me agacho y miro por debajo del codo de Yoni. El viento me pega en la cara y me seca los ojos y me seca la sonrisa. Y yo dejo que el viento me seque los ojos y la sonrisa y me aturda los oídos. Sigo agarrándome duro de Yoni, muy duro. Doblamos a la derecha y entramos a la pista de aviones. Es en ese momento cuando las cosas dejan de sonar. En la pista para aviones sólo hay silencio. Ya no suena la moto ni suena el viento que nos pega más fuerte y hace que la camisa de triángulos verdes de Yoni se infle y que mi camisa se infle también. Tampoco suenan los pájaros. Hay quince pájaros negros que salen de todas las esquinas de la pista y comienzan a volar muy cerquita de

nosotros. Aletean, aletean mucho y muy rápido y todos al mismo tiempo para alcanzar la moto de Yoni. Y hay uno adelante, el más grande, el más negro, que le grazna a los que vienen detrás de él y estos también le graznan al de adelante y yo no escucho nada de eso. Sólo silencio y mi respiración y mi corazón que también van a toda velocidad. Vuelvo a mirar debajo del codo de Yoni y veo que esa carretera que no tenía fin ya lo tiene y estamos llegando a él. Desacelera la moto, frenamos a un costado de la pista y entonces todo vuelve a rugir. Los pájaros también paran pero se quedan volando haciendo un círculo en el cielo. Ya ninguno grazna.

- No te asustés que no nos van a hacer nada.
- Nos venían persiguiendo.
- Sí, ya sé, pero no nos van a hacer nada.
- ¿Y por qué nos persiguen?
- Ya vas a ver - Dice y me agarra otra vez de los sobacos y me deja en el suelo.

Arranca a caminar dándome la espalda y yo salgo a caminar detrás de él. Nunca dejo de mirar los pájaros que tampoco dejan de hacer círculos. Treinta y cinco pasos más allá del fin de la pista para aviones encontramos una caja de madera grande. Yoni abre esa caja y de ahí saca una bolsa de plástico. Se sienta en el césped. Me alza las cejas entonces me siento yo también. Con calma abre la bolsa, mete una mano y entrecierra los ojos mirando la pista para aviones. Mueve la mano en la bolsa, la revuelca por un rato hasta que la saca llena de granos de arroz. Me hace una seña con el mentón, y yo no sé cómo pero le entiendo lo que quiere decirme con el mentón y entonces abro mis manos y dejo que me las llene también con granos de arroz. Cuenta. Uno, dos y cuando llegamos a tres tiramos el arroz al cielo. Entonces los pájaros dejan de volar, dejan de hacer oscuro el día y dejan de preocuparme. Aterrizan, comen.

- ¿Son amigos tuyos?
- ¿Los pájaros?
- Ajá.
- Uno no puede ser amigo de un pájaro.
- Hay un señor en mi cuadra que tiene un loro con el que habla en francés.
- Bueno, pues yo no estoy loco – Dice y vuelve a meter la mano en la bolsa.
- El señor Gonzales tampoco está loco, sólo necesita hablar.

- Bueno, pues mi jefe también necesita estos pájaros. Los necesita para que vuelen con él y le den suerte.
- ¿Más suerte? ¿No tiene ya una camisa?
- Acordate de esto, Caricatura: Uno siempre necesita suerte.

Me quedo un rato pensando en lo que dice Yoni. Y en lo que me dijo el amigo de Papá. Me pregunto si yo tengo la suerte por dentro o si necesito una camisa o un montón de pájaros. Luego me salgo de todo eso, pienso en algo diferente y es cuando me vuelven las ganas de preguntarle a Yoni.

- ¿Por qué me estás hablando hoy Yoni?
- Porque hoy me toca cuidarlo por mucho rato.
- ¿Mucho rato? ¿Cuánto es mucho rato?
- Mientras vuelve su Papá – Responde y señala la pista en la que está el avión amarillo rodando, dirigiéndose al otro final de la carretera gigante.
- ¿Y para dónde va Papá? – Pregunto yo extrañado. Los pájaros dejan de comer cuando sienten el avión. Esa cosa que era tan grande, ahora es sólo un punto amarillo reflejado en los ojos de todos ellos.
- Tiene una reunión.
- ¿A dónde?
- Lejos.
- ¿Con el Gordo?
- Exacto.
- ¿Le regalará una camisa?
- Ojalá.
- Sí, ojalá – Repito yo, pero para mí mismo, imaginándome la cara del Gordo regalándole la camisa a Papá, la cara de Papá recibíendola, la cara mía al ver a Papá volver con su camisa que en mi cabeza todavía no tiene color.

Mientras tanto el avión da una curva y queda de frente a nosotros. Se queda allá parado, lejos, dejando que las hélices giren más rápido, dejando que los pájaros y nosotros lo miremos. Arranca. El avión es un punto amarillo volviéndose grande en los ojos de los pájaros. Viene rápido, se vuelve más y más gigante. Y más ruidoso. Tan ruidoso que los oídos me duelen y tengo miedo que se me estallen. Yoni y yo nos llevamos las manos a las orejas al mismo tiempo. Pero la bulla del avión es más fuerte,

sigue aturdiéndome, sigue metiéndose entre mis manos y entre mis dedos que los tengo muy juntos. Hasta que deja de importarme porque me siento feliz. De un momento a otro me siento feliz que Papá vaya en ese avión amarillo que huele a melocotón, que vaya con ese señor que tiene tanta suerte, que vaya a encontrarse con el Gordo y que de pronto vaya a traer una camisa nueva. Me siento feliz al ver el avión acercarse a toda velocidad y ver a Papá en la ventana que se despide de mí y yo también me despido de él y la despedida nos dura lo que se demora el avión en despegarse del suelo y levantarse en el aire y pasar por encima de nuestras cabezas. Los pájaros salen volando también, persiguen al avión, persiguen a Papá y a su amigo que se hacen otra vez pequeñitos allá arriba. Lejos. En el cielo.

Miguel recibe de su jefe todos los jueves treinta y cinco billetes igualitos.

A Miguel su jefe le da todos los jueves un sobre en el que hay treinta y cinco billetes igualitos. Se gana los treinta y cinco billetes por hacer su trabajo, que es hablar por otra gente en la televisión. Miguel ha sido uno de los tres chiflados, el presidente de Estados Unidos (sólo uno hasta el momento), un señor que fue a la luna, Batman, Jackie Chan, la próxima semana será Terminator y años después terminará hablando como Jesús. En el sobre, además de los billetes, también hay un papel con una frase escrita. Todos los jueves la frase es distinta. Ese día su jefe le escribe: *Los negros no pueden tener pecas.*

A Miguel le causa gracia esa frase pero le causa más alegría los billetes. Guarda el sobre en su bolsillo, se despide de todo el mundo y sale corriendo de la oficina a las 6:24 de la tarde. A las 6:31 está en la terraza de su edificio mirando el cielo y el sol que siempre a esa hora se pone naranjado y pone naranjado todo lo que toca. Naranjado está la pista del aeropuerto al fondo del horizonte y naranjados el avión que sale volando y los quince pájaros detrás de él.

Cuando es de noche y las cosas se ponen azules, Miguel baja a su apartamento y se hace un sánduche mientras mira televisión. También mira televisión mientras se come el sánduche, mientras deja el plato en el fregadero y mientras se lava los dientes. El televisor es lo último que Miguel apaga antes de salir otra vez de su apartamento rumbo al bar de karaoke.

A Miguel le gusta ir al karaoke pero no a cantar. Nunca canta aunque pudiera hacerlo igual que muchos cantantes. Igualito a Elvis, si quisiera. Él va a mirar. Y a tomar. Se sienta en un extremo de la barra (como lo ha visto en muchas películas), pide un ron con jugo de piña y se lo toma mirando el escenario. El escenario es pequeño, rodeado de muchas luces pequeñas y blancas, con una máquina de humo en una esquina que cuando funciona pone a estornudar a todo el mundo. Al fondo de todo eso, la pantalla de un televisor gigante. Mientras nadie cante no hay paisajes en esa pantalla, sólo el nombre del bar rebotando de un lado a otro. Los paisajes vienen con las canciones y siempre toma tiempo que los clientes habituales de ese bar se conviertan en cantantes. El orden es el mismo. Comienza Roberto, luego de tres cervezas. Ese jueves canta la ranchera donde comparan a una mujer con un caballo y al hombre con un jinete y un día el caballo se desboca y se pierde y ahora el jinete es un tipo solitario que canta esa canción con mucho rencor. A Roberto le gustan los boleros, pero, desde que su mujer lo dejó,

Roberto canta rancheras. Él no tiene que leer la letra de la canción en la pantalla porque se la sabe muy bien, sabe muy bien cómo se tiene que mover y cuándo tiene que darse golpes en el pecho. Ahora, Miguel no va a ese bar a mirar el show de Roberto ni de las otras personas que vienen, lo que él va a mirar son los paisajes que aparecen en la pantalla, detrás de las palabras y de la bolita que salta de letra en letra. A él le gusta el sabor de su ron con jugo de piña mientras mira las playas con palmeras, los atardeceres perdiéndose detrás de colinas verdes, la foto de una ambulancia amarilla tapada por la nieve en la mitad de la nada.

Roberto se baja del escenario y los aplausos que lo despiden parecen hechos con pereza. Miguel no aplaude porque ya ha aplaudido a Roberto muchas veces antes y porque se queda mirando a un muchacho punk que entra al bar. Nadie más lo ve entrar, sólo él. El muchacho punk se sienta su lado y no mira a nadie, se queda mirando el escenario con demasiada atención.

Luego le llega el turno a Lulú, para esta hora ella se ha tomado seis margaritas con mucho hielo y muchos cigarrillos. Sube a la tarima tambaleando en sus tacones, acomoda el micrófono y saluda: *Queridos, bienvenidos al mundo de Lulú*. Ella siempre mira al frente, directo al reflector dejándose encandilar para no sentir que la están mirando. Lulú canta tangos. Va de un lado a otro del escenario abrazando el micrófono y enredándose el cable por todo el cuerpo. Le guiña el ojo a todos los hombres. Le guiña también el ojo al punk y a Miguel. Pero el punk y Miguel no la están mirando a ella, están mirando la pantalla. Esta vez aparece la luna iluminando un desierto, el lomo de siete hipopótamos flotando en un lago, un roble en blanco y negro con un columpio colgado en una rama, un pueblo pequeño al lado de una carrilera donde pasa un tren verde. A Miguel se le hace raro que el punk también esté mirando sus paisajes y que esté sonriendo y se le esté robando su alegría secreta. Se queda detallándolo. El muchacho punk tiene su misma edad, tatuajes en los brazos y un pantalón que parece no haber lavado hace muchos días. No deja de sonreír viendo las fotos en la pantalla.

Los amo a todos, preciosos, dice Lulú antes de bajarse del escenario y los aplausos tienen un poco más de entusiasmo.

- Veo a que a usted también le gustan las fotos – Le pregunta Miguel al muchacho punk usando una voz que le ha tocado usar en muchas películas.
- Claro que me gustan, son mías.
- ¿Suyas?

- Sí, las he venido tomando hace tiempo.
- Entonces usted es fotógrafo.
- No, ahora soy punk, estudio para ser farmaceuta después.
- ¿Y por qué toma fotos entonces?
- Porque estoy haciendo un experimento.

A Miguel le dan ganas de preguntarle al punk por el experimento pero no lo hace. Pide otro ron con jugo de piña y mira de nuevo el escenario. Allí García, luego de ocho tragos de vodka, se prepara para su presentación. Su preparación consiste en mirar el techo y sacudir todo su cuerpo como si se estuviera electrocutando. Respira tres veces profundamente. García, al igual que Miguel, no va a ese bar a cantar, él va a bailar. Mete una moneda en la máquina de canciones y escoge la suya, la única de todo el repertorio que no tiene letra. Esa canción, que sólo García conoce, la metió el mismo ahí. Una noche, antes de que se cerrara el bar, se escondió en el baño y espero hasta que ya no hubiera nadie. Luego salió, con una caja de herramientas en una mano, una linterna en la otra y un disco de canciones sin letras escondido en un bolsillo de la chaqueta. Abrió la máquina, metió el disco, movió un par de palancas y cambió un par de botones para que cuando él hundiera la letra F y el número 1 sonara esa canción y él hiciera su show. Y los jueves hace su show, un baile que aprendió en Rusia cuando fue soldado de una guerra que nunca empezó. Aunque García es torpe en su baile y se tropieza varias veces, parece disfrutarlo bastante pues no deja de saltar ni de aplaudir ni de insistir para que los demás también aplaudan.

Los únicos que no aplauden son Miguel y el punk quienes están muy concentrados viendo en la pantalla a un velero que cruza un mar sin olas, un prado lleno de girasoles, lo que queda de un puente colgante que cruza un río donde ya no hay agua, la foto de un señor con una camisa de gatos color fucsia al que lo escupe una de las tres jirafas de lo que parece un zoológico.

- ¿Y de qué se trata el experimento?
- No sé... dígamele usted ¿Siente algo extraño?
- ¿Por mirar las fotos?
- Exacto.
- No, no siento nada extraño.
- ¿Entonces por qué las mira? ¿Por qué viene todos los jueves a mirarlas?
- ¿Usted viene todos los jueves también? ¿Viene a mirarme mientras miro las fotos? Yo nunca lo había visto.

- No, mi tío es el dueño del bar. Hace días me viene diciendo que había un tipo que venía a mirar mis fotos entonces supe que mi experimento estaba funcionando.

Miguel se queda pensando, es uno de esos momentos en los que piensa muchas cosas pero a la vez no piensa nada. Entonces pide otro ron con jugo de piña. El punk pide una Coca Cola y prende un cigarrillo.

- ¿Le da miedo cantar?
- No, no me gusta.
- Pues yo la verdad creo que no le gusta es porque le da miedo.

Y sin la respuesta de Miguel hay silencio. En todo el bar hay silencio porque no hay más cantantes y entonces no suenan canciones y en la pantalla ya no hay más paisajes. Vuelve a aparecer el nombre del bar rebotando de un lado a otro. El punk se toma un sorbo de su Coca Cola, le da dos caladas a su cigarrillo.

- Bueno, habrá que cantar ¿No? – Dice el punk como para sí mismo pero como es el único que habla en el bar todo el mundo lo escucha. Y todo el mundo lo mira: Roberto, Lulú, García, su tío dueño del bar.
- Esta vez no vas a mirar las fotos, escuchá la canción – Dice esta vez susurrando, con un volumen con el que sólo Miguel alcanza a oír.

Se levanta de la silla, se lleva la Coca Cola en una mano y con la otra tira el cigarrillo al suelo que pisa dos pasos más lejos. Mete una moneda en la máquina de canciones y sube al escenario donde prende otro cigarrillo. El humo que bota por la boca sale disparado hacia el reflector y la cabeza del muchacho punk de pronto desaparece. La canción que suena no tiene forma, es ruido. No hay ritmo, sólo ruido. Es el mismo ruido que sonaría dentro del motor de un tren viejo, debajo de seis helicópteros. La gente del bar se mira extrañada entre ellos, Lulú mira a Roberto, García mira a la barra al tío del punk pero este sólo alza los hombros, le da la espalda y sigue limpiando vasos. Luego comienzan las fotos, como hipnotizados todos los ojos voltean hacia la pantalla. Menos los de Miguel. Miguel no sabe por qué le hace caso al punk, no sabe por qué se aguanta las ganas de mirar la pantalla si justamente es eso lo que viene a ver, no entiende por qué con los ojos cerrados trata de encontrarle sentido a esa melodía sin melodía, a esa canción que no es ninguna canción. El muchacho punk sigue en la tarima, su cabeza sigue perdida detrás de la bola de humo que se ha quedado atrapada en la luz del reflector. Lulú y

Roberto dejan de mirar la pantalla, sólo ven las tres primeras fotos, aguantan los primeros veinte segundos de la canción y luego salen, los dos al mismo tiempo, corriendo por la puerta, tirando a su paso la última margarita y la última cerveza que tenían. García, en cambio, no se para ni se mueve. Deja que sus ojos se llenen con todas esas fotos y sus oídos de toda esa bulla del punk. No parpadea, no se permite parpadear y siente que por primera vez su quijada comienza a temblar. Miguel mantiene los párpados cerrados, muy cerrados, tratando de imaginarse algo con ese ruido. Pero no se imagina nada. No se aguanta y abre los ojos y mira de reojo la pantalla. Y entonces ve una foto. Y luego otra y otra y no puede parar de verlas todas hasta que la canción se acaba.

El punk se baja del escenario sin ningún aplauso, ni siquiera el de su tío que estuvo de espaldas limpiando vasos que nadie ha ensuciado. Pero, aunque ya no hayan más fotos, García y Miguel siguen mirando la pantalla. García sin parpadear.

- ¿Por qué no teníamos ojos?
- Yo te dije que no miraras.
- ¿Por qué no teníamos ojos? – Pregunta Miguel alzando la voz, pretendiendo asustar al punk, sacarle una respuesta.

Pero el punk no tiene respuestas, sólo tiene una sonrisa de medio lado y otro cigarrillo en la boca a punto de prender. Y lo prende. Y bota el humo. Bota mucho humo para la calada que le da. Y vuelve a desaparecer detrás de la nube blanca que deja. Desaparece, no sólo la cabeza, desaparece todo él. Sale caminando sin que nadie se dé cuenta, sin despedirse su tío, sin pagar la Coca cola. Hasta que la nube se va, después de un rato la nube de humo se diluye y se hace otra vez aire transparente y es cuando la mirada de Miguel se encuentra con la de García al otro lado del bar. Los ojos de los dos se encuentran y pueden leerse el miedo que hay dentro de ellos. Lo trastornadas que les quedaron las retinas después de haber visto a ese punk en el karaoke.

Miguel sale del bar, sale con la sensación que ahora tiene el corazón desubicado. Que está más pesado. Más arrugado. Más mojado. Más gris.

García saldrá de ahí cinco minutos después. La quijada no le ha dejado ni le dejará de temblar. Pasará la noche en su ambulancia escuchándose sonreír. Al otro día se levantará temprano, pintará la ambulancia de amarillo y el resto será una historia que ya no recordará.

Raúl y la sopa de zanahoria.

Raúl se mira las pecas azules en el espejo del baño. Ahora tiene siete, regadas por todo el pecho. Le gustan tanto sus pecas que ha decidido no volverse a poner camisa y encontró una manera de bañarse para que no se le borren. Mientras Raúl se mira las pecas en el espejo del baño, un carro negro se estaciona afuera de su casa. Él no lo escucha, pero Twiggy sí. Twiggy escucha todo lo que ocurre afuera. Ha escuchado a Miguelito tirar las fotos debajo de la casa amarilla y la casa verde. Escuchó lo que el señor Gonzales le preguntaba a Miguelito y lo que Miguelito le preguntaba al señor Gonzales. Escuchó el carro negro y los dos señores que se bajaron a hablar con la señora Martínez. La sonrisa de Abuelo sonando en la puerta de la casa de Laura. Y Raúl se lo ha perdido todo, sólo se ha mirado las pecas. En todo ese tiempo sus pecas. Cree que hay algo en ellas, no sabe todavía qué es pero sabe que tienen algo.

La señora de pelo feo toca la puerta del baño, le pregunta a Raúl si está bien y Raúl se demora un rato en contestarle. Al final le dice que sí, que todo anda bien, que lo deje tranquilo. Y la señora lo deja tranquilo, no sin antes decirle que no se demore en bajar a almorzar, que se le enfría la sopa de zanahoria. Y es esa sopa de zanahoria que Raúl todos los días deja enfriar en el comedor, es la señora de pelo gris preguntándole siempre si todo está bien, es el estar cansado de esperar a Papá y no verlo llegar, lo que lleva a Raúl a tomar la decisión.

Deja entonces de mirarse las pecas por un momento. Agarra una toalla que hay colgada en la puerta de la ducha y la deja caer en el sanitario. Tira la manija varias veces hasta el agua se acumula y se desborda. Comienza a salir debajo de la puerta, recorre el corredor, baja las escaleras y cuando llega a la cocina es apenas un hilo que le moja uno de los pies a la señora que ha decidido no esperar más a Raúl y ha empezado a tomarse su sopa de zanahoria. A la señora le preocupa esa agua en la cocina y va a buscar de dónde viene. Recorre el camino del agua al revés. Sube las escalas, camina el corredor y llega al baño. *Raúl, Raúl... ¿Qué hiciste?* Pregunta escandalizada como si Raúl estuviera ahí para responderle esa pregunta tan tonta. Pero no, él no está ahí, él está con Twiggy en su cuarto, empacando en su morral unas tijeras, una cobija y un tarro de galletas de soda. La señora saca la toalla del sanitario, con los pies trata de evitar que el agua siga saliendo por la puerta y siga inundando la casa. Pero de nada sirve. Raúl acaba de empacar su maleta, agarra una cuerda que encuentra en su closet y amarra un extremo a una de las patas de su cama. Luego vuelve al baño y se queda parado en la puerta mirando a la señora que suda

y maldice y se moja. Él sonríe. Cuando la señora lo ve vuelve a preguntarle * Qu  hiciste, Raúl?* Pero Raúl no dice nada, sólo cierra la puerta. Amarra el otro extremo de la cuerda a la manija. Luego baja las escalas junto a Twiggy, despacio, con cuidado de no resbalarse mientras la señora adentro se queda haciendo la misma pregunta una y otra vez. Una y otra vez.

Salen a la calle y el carro negro que Twiggy había escuchado antes ya no est . Tampoco está Abuelo. Lo  nico que hay afuera es un hilo de lana de colores que se pierde al final de la calle y un sol en el cielo que le tuesta las pecas a Raúl. También están Laura y Miguelito, mirándolo desde la ventana de la casa de ella. Laura con su cámara grande y vieja, Miguelito con un periódico con dos huecos para los ojos.

-  Ves Laura?  Ves que si pueden tener pecas? – Dice Miguelito.

Laura deja su cámara a un lado, agarra a Leopoldo en un brazo y sale corriendo de su cuarto. Miguelito apenas tiene tiempo de reaccionar y verla perderse detrás de él. Ella baja las escalas, sale de su casa, cruza la calle y llega hasta donde Raúl. No le dice nada, él tampoco. No se dicen nada porque nunca antes se habían dicho nada. Se habían visto pero nunca habían cruzado palabra. Laura le mira las pecas, las cuenta, no sale de su asombro. No puede evitar que su mano se levante de repente, que su dedo se estire poco a poco y se acerque despacio al pecho de Raúl. Miguelito sigue mirando todo desde la ventana, ahora sin el periódico.

-  Naciste con esas pecas?

- No... las tengo hace una semana.

-  Y por qué son azules?

-  No te gustan?

- No s ... la verdad no s . – dice Laura y por fin su dedo le toca el pecho a Raúl.

En ese silencio en el que se queda la conversación ocurren varias cosas. Miguelito sale de la casa de Laura, trae la bola de lana (que ya no est  tan grande) en la mano, cruza la calle y llega hasta donde est n ellos. Raúl siente el calor del sol sobre sus pecas y el dedo helado de Laura sobre una de ellas. Twiggy y Leopoldo escuchan a la señora adentro de la casa dándole palmadas a la puerta del baño, pidiéndole ayuda a alguien que no la escucha porque la niña más fría del mundo le est  tocando el pecho.

- ¿Estás enfermo? – pregunta Miguelito al llegar.

Raúl responde con la cabeza, dice que no.

- ¿Cómo te salieron? – Dice Laura.
- Mi hermano me las hizo.
- ¿Tienes un hermano? – Pregunta Miguelito.
- Ajá.
- Pero nunca lo he visto, nunca le he tomado una foto. – Dice Laura separando su dedo del pecho de Raúl.
- No puedes tomarle fotos porque ahora es un fantasma.
- ¿Un fantasma?– Vuelve Laura a preguntar.
- Exacto, pero no le digas fantasma, a él no le gusta que le digan así.
- ¿Y para dónde vas? – Pregunta Miguelito señalando el morral.
- Me estoy escapando de la esposa de mi Papá y su sopa de zanahoria.
- ¿Y dónde está ella?
- No sé. – Responde alzando los hombros.

Twiggy y Leopoldo ya no escuchan más palmadas de la señora en el baño, ahora la escuchan que se deja caer arrodillada en el suelo que se ha convertido en charco. Lloro, sigue sin encontrar la manera de salir.

- Nosotros vamos a ir buscar a mi Papá – Dice Miguelito - ¿Quieres ir?
- ¿Y dónde está tu Papá?
- Con Abuelo, al final de este hilo.
- ¿Abuelo?
- Un payaso triste que vivía conmigo.
- Ah...ok.
- Ok, entonces ok. - Dice Miguelito y comienza a caminar recogiendo el hilo, haciéndolo una bola grande otra vez. Laura, Raúl y Twiggy caminan detrás de él. Leopoldo en los brazos de Laura.

Cuando llegan a la esquina el hilo dobla a la derecha. Allí ya están lejos de la casa, se siente otro aire al final de esa cuadra. Twiggy y Leopoldo han dejado de escuchar a la señora que sigue llorando en el baño. Ella estará ahí otro rato, otros días. La sopa de zanahoria seguirá enfriándose en el comedor.

Veinte minutos antes de que Abuelo salga volando por la puerta.

Veinte minutos antes de que Abuelo salga volando por la puerta, el señor de barba blanca comienza a contar la historia de por qué llegó ahí. Todos los días cuenta esa historia que siempre es diferente. Hoy dice que todo fue culpa de un conejo, hace tiempo, cuando era mago. El Mago Barba Blanca.

La Mamá y el Papá de Laura, acostados el suelo, con los ojos cerrados, lo escuchan atentos. Abuelo y el Papá de Miguelito también. En realidad toda la gente que está encerrada en esa bodega, todos los días a esa hora, están en el suelo, con los ojos cerrados, escuchando al señor de barba blanca. Porque no tienen más para hacer, porque es lo que más les gusta hacer.

Ese día era sábado y eran las 11:04 de la mañana. El Mago Barba Blanca se levanta de su cama, se moja la cara en el baño y antes de lavarse los dientes va a la cocina a hacerse un café. Pone a hervir agua en una cacerola, va a la sala, abre la jaula de la paloma y busca al conejo que siempre amanece escondido debajo del sofá. La paloma sale volando, da dos vueltas por el techo y termina parándose en la ventana. Se queda mirando a través del vidrio a un niño que pasa por la calle en una bicicleta roja con una cadena pegada al sillín sin nada amarrado al otro extremo. Al conejo, el Mago Barba Blanca lo saca de su escondite halándolo de las orejas y se lo lleva a la cocina donde le cuenta lo que soñó anoche. El Mago Barba Blanca prefiere contarle sus sueños al conejo y no a la paloma porque está convencido que tiene mejor memoria. Echa el agua hirviendo en una taza, revuelve el café y le cuenta al conejo que en su sueño se había convertido en una albóndiga que saltaba de edificio en edificio. Era grande, como la albóndiga más grande jamás soñada. Y tenía sus ojos, su bigote, su pelo. Y eso era lo que hacía, saltar de un edificio a otro sin saber a dónde iba. *¿Sabes qué significa eso?* Le pregunta al conejo y el conejo sólo mueve las orejas de un lado a otro. *¿En serio?* Vuelve a decir el Mago mientras se pregunta por qué el conejo siempre le responde que no.

El Mago Barba Blanca empaca las cosas para su show en su baúl de cuero, el baúl lo empaca en la cajuela de su carrito blanco y el carrito blanco lo maneja a toda velocidad por una avenida en la que le toca esquivar siete perros muertos. Ni la paloma ni el conejo vieron los perros muertos, menos mal. Al final de la avenida, en la cima de una colina donde se ve toda la ciudad, hay una casa grande, tan grande que hay un avión azul que ya no vuela adornando la entrada. El Mago Barba Blanca entra a esa casa en la que hay muchos carros grandes parqueados afuera. El carro de Papá también está ahí porque a

Papá lo invitaron a esa fiesta, pero el señor de barba blanca no menciona eso en su historia. Adentro de la casa hay un patio inmenso y un inmenso zoológico dentro de ese patio. Alrededor del zoológico han puesto muchas mesas adornadas con bombas y serpentina. En una tarima hay un tipo poniendo música muy duro en unos parlantes muy altos. Hay gente tomando, riendo y gritando. Muchas señoras de peinados altos, tacones altos, anillos en todos los dedos. Señores con camisas de seda, zapatos blancos, oro en los dientes, anillos en todos los dedos. Hay niños y niñas saltando en un castillo inflable, otros montan en caballos miniatura y hay unos a los que un payaso les pinta la cara como si fueran gatos o perros o tigres. Dos horas después, este payaso tendrá la mala suerte de pintarle mal la cara un niño y el niño le pondrá la queja a su papá. Su papá hablará con el dueño de la fiesta, un señor al que le dicen Gordo, y este señor mandará a unos tipos que se lleven al payaso para un cuarto oscuro. Tiempo después lo sacaran de ahí, cargado de los brazos y las piernas y lo montarán en una ambulancia amarilla. Pero eso ya lo mencionará el señor de barba blanca en su historia.

Un señor de bigote que no separa una mano de su cintura se le acerca por la espalda al Mago Barba Blanca que se ha quedado parado en un rincón del patio mirando impresionado tres jirafas que son más altas que los árboles de mandarinas que rodean el zoológico. El señor le pregunta quién es y qué está haciendo ahí. Él responde que es mago y que viene a hacer magia. El señor de bigote y con la mano en la cintura le dice que lo siga que ya la gente lo está esperando. Lo lleva a la tarima al final de las mesas. El Mago Barba Blanca desempaca su baúl, saca a la paloma y al conejo. Les dice que hoy harán tremendo show. Los niños comienzan a reunirse al frente de la tarima, se sientan todos en el suelo y esperan con entusiasmo a que el Mago Barba Blanca esté listo. Comienza. Saca un ramo de flores de la manga de su saco, adivina las cartas que elige un niño de un naípe, parte a una niña en dos. Pone a volar una mesa, se corta un dedo y se lo vuelve a poner, hace que aparezca una moneda detrás de la oreja de un señor del público. Hay aplausos, muchos aplausos. Luego hace que la paloma salga volando de un portarretratos donde está la foto de otra paloma. Ella da dos vueltas por encima de la cabeza de todos los niños y vuelve a esconderse en el portarretratos. Ahora viene el número del conejo y el sombrero. El Mago Barba Blanca se quita su sombrero y se lo muestra al público. Mete la mano, revuelve en el fondo y saca al conejo agarrado por las orejas. Los niños y las niñas aplauden y gritan de alegría. Luego vuelve a meter el conejo en el sombrero, vuelve a revolver y vuelve a desaparecer. El Mago Barba Blanca sonríe y se despide del público mientras guarda las cosas en su baúl y los parlantes comienzan a sonar otra vez.

El señor de bigote y mano en la cintura se acerca de nuevo y se lleva al Mago Barba Blanca a un cuarto en el que sólo hay dos sillas y el cuadro de unos perros jugando cartas. Le dice que espere ahí, que ya viene el Gordo a pagarle por su espectáculo. Él no sabe quién es el Gordo pero lo espera. Mientras se queda solo, el Mago Barba Blanca trata de ponerle nombre a cada uno de los perros del cuadro. Jeremías, José, Jacinto, Jerónimo y James.

- ¿A dónde se va ese conejo cuando usted lo desaparece? – Pregunta un señor gordo que entra al cuarto sin saludar junto con otros cuatro tipos, todos con la mano en la cintura.
- No le puedo decir, es magia.
- Pues me lo va a tener que decir – Dice el Gordo sentándose frente al Mago.
- Digo, puede ir a varias partes, de acuerdo a lo que yo me imagine.
- ¿Y si usted se imagina que el conejo va a Estados Unidos lo puede mandar para allá?
- ¿Estados Unidos? – Pregunta el Mago mirándole la camisa al Gordo, los señores detrás de él.
- Sí, Estados Unidos.
- No sé, nunca lo he intentado.
- Pues lo va a intentar y vamos a ver cómo nos va. Jacinto, Jerónimo – dice el Gordo llamando a dos de los tipos que vinieron con él – háganme el favor de traerme los paqueticos.

Los señores salen del cuarto y el Mago cae en cuenta de la coincidencia de los nombres.

- ¿Quiere tomarse algo? ¿Un whisky, una cerveza? – Le pregunta el Gordo al Mago y el Mago le responde con la cabeza que no mientras sigue detallándole la camisa. Es de seda, tiene puntos rojos.
- ¿Le gusta mi camisa? – Vuelve a preguntarle pero esta vez la cabeza del Mago responde que sí. – Bueno, pues vamos a ver cómo nos va con el truco y de pronto se la regalo. – Responde sonriendo.

Los señores vuelven a entrar al cuarto, uno de ellos trae dos tubos de ensayo amarillos y se los entrega al Mago.

- ¿Será que el conejito se puede ir para Estados Unidos cargándome estos dos tubitos?
- ¿Y qué tienen esos tubos? – Pregunta el Mago mirándolos por todas partes.
- Si empieza a preguntar mucho pues entonces comienza a saber mucho. Y eso no es bueno. Digamos que es un remedio para una tía enferma que tengo por allá.
- Ajá. – Responde el Mago desconfiado.

- Ajá. – repite el Gordo muy confiado.
- Ok, pero esto yo nunca lo he hecho, no sé si funcione.
- Por eso apenas le estamos dando dos tubitos. Si funciona pues le damos más.
- Y a dónde me tengo que imaginar que va el conejo.
- Para Nueva York, a la bodega de un amigo. ¿Le doy la dirección? ¿El teléfono? ¿Le cuento cómo es por fuera? ¿Cómo hacemos la cosa? Cuénteme.
- Vamos a probar con la dirección.
- Jacinto, traeme la dirección de la bodega de John Jairo.

Jacinto sale otra vez del cuarto. Al fondo suena una canción donde las vocales salen de paseo. El Mago se sabe esa canción de memoria porque a donde quiera que va a trabajar siempre está sonando. También la de la iguana tomando café pero esa no ha sonado todavía. De repente, detrás de la canción, detrás de la “A” *que nadie sabe a dónde va*, comienza a sonar una sirena. El sonido de la sirena se va haciendo más grande y el ronroneo del motor de un carro viejo comienza a acercarse.

- Oíste Jeremías, andá mirá a ver qué es esa bulla. – Ordena el Gordo y Jeremías se asoma a la puerta.
- Es una ambulancia, señor.
- ¿Una ambulancia? ¿Qué carajos está haciendo una ambulancia acá? – Dice frunciendo el ceño, dándose una palmada en una pierna y volteando hacia la puerta.
- La ambulancia para el payaso. – Responde Jeremías todavía mirando por la puerta.
- ¿Está enfermo el payaso? – Pregunta el Mago en un impulso, sin darse cuenta que no debía preguntar.
- Calladito se ve más bonito. – Le dice el Gordo frunciendo aun más el ceño.
- Lo raro es que esa ambulancia es amarilla, señor. – Dice Jeremías mirando adentro del cuarto.
- A mí qué me importa que sea amarilla o roja o naranjada o que no tenga color. Decile al pendejo que está manejando que deje esa berraca bulla y que me saque a ese payaso de acá ya mismo sin mucho espectáculo. Pero qué hubo pues mijo, hágale pues que para antier es tarde.
- Sí señor – Dice Jeremías perdiéndose por la puerta.

Salió la I, salió la I y yo no la sentí sigue diciendo la canción detrás de la sirena que todavía no se apaga. Jacinto entra por la puerta con un papelito en la mano y se lo entrega al Mago.

- Dígame pues, qué más necesita ¿Con eso tiene? – Pregunta el Gordo y el Mago asiente con la cabeza.

El Mago Barba Blanca saca del baúl a su conejo, lo pone entre sus piernas y lo mira. Le soba las orejas, le rasca el lomo, le acaricia la nariz. El conejo por primera vez puede sentir que el Mago le tiene cariño, pero es un cariño raro, que llegó demasiado tarde, que está envuelto en un olor a miedo. El Mago respira agitado y el conejo puede sentir el terror saliendo de su aliento, las manos con las que lo toca están sudando.

- ¿Se va quedar sobando el conejo mucho rato o empezamos a trabajar? – Dice el Gordo impaciente.
- No, tranquilo, podemos empezar ya.

El Mago agarra su sombrero, se lo muestra al Gordo y a sus señores y mete al conejo. También mete los dos tubos amarillos. Revuelve, lee la dirección en el papelito y cierra los ojos imaginándose ese lugar. Afuera sigue sonando la canción y ahora dice que la *O que se fue a comer tamales y no volvió*. Vuelve a prenderse el motor ruidoso de la ambulancia, su sirena haciendo escándalo y el Mago con los ojos cerrados se pregunta cómo se ve una ambulancia pintada de amarillo.

- ¿Oíste hombre, no le dijiste al de la ambulancia que dejara esa bulla? – Le dice el Gordo a Jeremías que ya ha vuelto con ganas de no perderse el truco.
- Sí señor, le dije. Pero el que la maneja es un tipo todo raro que ni habla ni dice nada... sólo le sonrío a uno. Está como loco.
- Me importa un carajo si está loco o no, decíle que se largue de aquí ya mismo que me va a desconcentrar el mago. Pero qué hubo pues... moviéndose, moviéndose.

Jeremías vuelve a salir por la puerta. El Mago sigue con los ojos cerrados y se pregunta qué aspecto podría tener ese tipo loco en la ambulancia amarilla y qué le pudo haber pasado al payaso que tiene que irse ahí. Ambulancia amarilla. En la ambulancia amarilla es en lo único en lo que piensa el Mago cuando el conejo y los tubitos desaparecen dentro del sombrero.

- ¿Listo? – Pregunta el Gordo ansioso.

El Mago Barba Blanca le muestra el sombrero vacío y el Gordo sonrío.

- ¿Y entonces? ¿Qué pasó? – Pregunta uno de los encerrados abriendo los ojos, todavía acostado en el suelo, al ver que el señor de barba blanca se queda callado por un momento.
- ¿Entonces? Entonces tuve que esperar horas y horas a que llamaran de Estados Unidos para que confirmaran que el conejo había llegado. Pero no llegó, nunca llegó. Ahí fue cuando el Gordo ordenó que me hicieran la que le hicieron al payaso.
- ¿Y qué le hicieron al payaso? – Pregunta el Papá de Laura, también abriendo los ojos, sin levantarse todavía del suelo.
- No sé, nunca supe. Lo que pasó fue que llegaron unos señores de gafas y gabán que hablaron con el Gordo, lo calmaron, le dijeron que se iban a encargar de mí. Y bueno... acá estoy. No puedo salir hasta que no aparezca el conejo. No me conviene salir hasta que no aparezca el conejo.
- ¿No habrá aparecido ya y no te han dicho? – Pregunta alguien al fondo.

Y el señor de barba blanca va a contestarle pero entonces Abuelo sale volando por la puerta. El hilo de lana que tiene amarrado al tobillo de repente se tiembla y con la fuerza de un camión lo arrastra levantándolo del suelo. Desaparece como succionado por una aspiradora gigante que no se ve. El grito de Abuelo, el estallido de su cuerpo reventando la puerta de madera, el sonido de su sonrisa que de pronto desaparece, hace al resto de los encerrados abrir los ojos, levantarse en sus pies. Pero no pueden ver nada de lo que ocurre. Por el hueco que Abuelo deja en la puerta entra un chorro con la luz más blanca que el sol puede dar y deja a todo el mundo ciego. Se preguntan entre ellos qué pasa pero ninguno tiene respuesta. Se restriegan los ojos, intentan abrirlos pero no pueden. Siguen preguntándose qué pasa, qué carajos pasa.

Afuera dos niños y una niña están escondidos en distintos árboles de mandarina de ese bosque en el que está la bodega. También hay un perro que ladra y un conejo con un ojo pegado en la frente. Los niños escuchan a los encerrados adentro de la bodega gritando. Ciegos, desesperados. Pero no se mueven, no hacen nada. Se quedan detrás de sus árboles, esperan. Sencillamente no hay nada más que puedan hacer.

Rinocerontes y galletas de soda.

El hilo de lana que Abuelo tiene amarrado al tobillo dobla ocho esquinas a la izquierda y seis a la derecha. Cruza cuatro semáforos, le da una vuelta a una glorieta, sube una colina y llega hasta el portón abierto de una casa grande donde hay un avión que ya no vuela adornando la entrada. Luego de haber sido azul, verde, verde oscuro, amarillo, café, rojo, amarillo otra vez, blanco, negro y morado, el hilo cruza ese portón y se desvía por un camino que llega hasta una bodega de madera que hay en la mitad de un bosque de árboles de mandarina al lado de esa casa grande. El hilo se pierde ahí, debajo de una puerta que está cerrada con un candado. Los dos niños, la niña, el conejo y el perro azul llegan hasta la bodega. La niña pone la oreja sobre la puerta para tratar de entender una voz que escucha que viene de adentro. Los otros dos niños hacen lo mismo. Ninguno entiende nada. Se quedan los tres así por un momento, con los ojos cerrados, los oídos atentos. El perro y el conejo no tienen que acercarse a la puerta. El perro escucha que quien habla adentro dice algo sobre los nombres con los que bautizó a unos perros que jugaban cartas en un cuadro que vio una vez. El conejo reconoce una historia que ya se sabe.

- Deben ser ellos, tienen que estar ahí adentro – Dice la niña separándose de la puerta, sonriendo, moviendo las manos, dando salticos.
- Calma, calma, no podemos hacer bulla – Dice el niño de pelo rojo, serio, llevándose un dedo a la boca.
- Pero deberíamos tocar ¿No? – Repite la niña, esta vez susurrando.
- ¿Para qué? No nos van a poder abrir.
- ¿Y entonces? – Responde la niña ya sin tanto entusiasmo.
- ¿Eso que hay allá es una jirafa? – Pregunta de repente el niño de las pecas azules señalando la silueta de una cabeza con antenas que sale por encima de los árboles.

Los tres miran la silueta, luego ven que aparece otra y luego otra. Las cabezas flotan y mastican en el cielo. Los niños se miran entre ellos, todos con la boca abierta, las cejas levantadas. Sin decirse nada salen corriendo. Rápido, muy rápido. El perro corre delante de ellos, el conejo va en los brazos de la niña. El niño de pelo rojo trae la bola de lana (que está grande otra vez), el de las pecas su morral colgado en la espalda. Cuando se acaba el bosque de árboles de mandarina se encuentran la casa grande y dentro de ella el patio en donde está una cerca alta que encierra las tres jirafas. Al igual que el portón, la puerta por la que entran a la casa y al patio está abierta. En realidad todas las puertas de esa casa

grande están abiertas, no se ve a nadie. Pero de eso no se dan cuenta los niños, ellos siguen caminando sin dejar de mirar a las jirafas en el cielo.

- ¿Cómo se llama a una jirafa? – Pregunta el niño de pecas azules chasqueando los dedos en el cielo.
- Tú sabes chiflar... ¿no? – Le pregunta la niña al niño de pelo rojo.

Pero el niño de pelo rojo no responde porque baja la mirada y descubre lo que hay detrás de la jaula de las jirafas. Hay un lago con veinticuatro flamencos dormidos, los ojos de siete hipopótamos flotando en el agua, otra jaula con un rinoceronte aburrido en un rincón. La niña y el niño con pecas bajan la mirada también, le prestan atención a lo que el niño con pelo rojo mira. A sus espaldas, dentro de la casa grande con puertas abiertas, hay un castillo inflable desinflado, muchas ventanas quebradas, manchas en el suelo, un aire que todavía huele pólvora. Pero los niños siguen sin mirar eso, no les importa eso. Ellos siguen caminando hasta llegar a la jaula del rinoceronte.

- ¿Cómo se llama a un rinoceronte? – Pregunta de nuevo el niño de las pecas metiendo la mano entre la jaula y chasqueando los dedos.

Ninguno responde, el rinoceronte al verlos llegar abandona su rincón y se acerca a ellos caminando despacio. Es un animal grande, ancho, cuadrado, pesado como el carro que tenía Papá. Sus ojos son pequeños y están tristes. Sus pasos son tristes. Los ojos de los niños no pueden estar más grandes, más contentos.

El rinoceronte los huele a través de la cerca, a los tres, al perro y al conejo también. Acomoda la cabeza y encuentra un hueco por donde saca el hocico para olerlos mejor. Los niños dan dos pasos atrás al ver de cerquita el cuerno del rinoceronte. El perro ladra.

- ¿Tendrá hambre? – Pregunta el niño de pecas azules dejando su morral en el suelo y sacando de él un tarro de galletas de soda. Agarra tres de las galletas y las sostiene en la mano mirando a la niña y al niño de pelo rojo.
- ¿Cómo sabes si a los rinocerontes les gustan las galletas? – Pregunta la niña.
- No sé, vamos a ver – Responde el niño de pecas azules acercando su mano a la boca del rinoceronte.

El perro sigue ladrando, camina en círculos, ladra con más ganas.

El rinoceronte abre la boca, saca la lengua y en un segundo hace desaparecer las galletas de las manos del niño. Saca más y más galletas y el rinoceronte sigue haciéndolas desaparecer.

- Tengo un plan – Dice de repente el niño de pelo rojo entrecerrando los ojos, llevándose una mano al mentón.

La niña sonríe porque le gustan los planes del niño de pelo rojo. El perro deja de ladrar por un momento.

El niño de pecas sigue dándole galletas de soda al rinoceronte. La niña ahora le acaricia la frente, los párpados y él se deja acariciar. Lo hace al igual que soba al conejo y el rinoceronte poco a poco va dejando que se le cierren los ojos. El niño de pelo rojo, con la bola de lana en la mano, le da tres vueltas al cuerno del rinoceronte. Hace un nudo apretado. Le hace señas al niño de las pecas y a la niña. De inmediato él deja de darle galletas al rinoceronte y ella deja de sobarle los ojos. Se alejan los tres dando quince pasos atrás. El conejo y el perro también.

El rinoceronte reacciona, abre los ojos de nuevo, se sorprende que hayan desaparecido las galletas. El niño de las pecas sostiene el tarro en sus manos y lo mueve para que el rinoceronte lo vea. Hace sonar las galletas adentro. El rinoceronte resopla. Mueve la cabeza dentro del hueco en la cerca, arrastra un pie en la tierra. El niño de pecas continúa haciendo sonar el tarro de las galletas. El rinoceronte trata de acercarse al niño con el tarro pero está la cerca que se lo impide. Sigue moviendo la cabeza, resopla con más ganas, más fuerza. Empuja varias veces la cerca con la frente y ésta se dobla un poco cada vez que el rinoceronte la empuja.

- No pares, no pares – Le dice el niño de pelo rojo al niño con pecas.
- Tengo miedo – Dice la niña.
- Ya sabes a donde tienes que correr – Vuelve a decir el niño de pelo rojo.

Las galletas siguen sonando dentro del tarro y el rinoceronte sigue empujando con más fuerza la cerca. Va doblándose más y más.

- ¿Y si no funciona? – Pregunta la niña, escondiéndose en la espalda del niño de pelo rojo.

- Va a funcionar, ya vas a ver – Responde él serio, mirándole los ojos al rinoceronte que ya no están tristes.

El rinoceronte deja de empujar la cerca, da la vuelta y regresa a su rincón. Todavía resoplando, inflándose como un globo cada vez que respira.

- No va a funcionar, no va a funcionar – Dice la niña asustada, mirando por encima del hombro del niño de pelo rojo.
- Ya vas a ver que sí.

El niño de pecas no deja de sacudir el tarro. El rinoceronte sigue de espaldas, en su rincón, mirando el suelo. Entonces voltea, mira a los niños, el tarro con galletas. De su boca sale una baba espesa y de su nariz un sonido que hace que los pájaros de todos los árboles de alrededor salgan volando espantados, que las jirafas por primera vez dejen de masticar y miren al suelo, que el perro salga corriendo y al conejo se le paren las orejas. Los tres niños se quedan congelados mirando a ese rinoceronte con ojos rojos.

- Contamos tres y salimos corriendo – Dice el niño de pelo rojo.
- Uno – Dice la niña con la voz temblorosa.
- Dos - Dice el niño con pecas dejando el tarro en el suelo.
- Tres – Vuelve a decir el de pelo rojo.

Salen a correr. Cada uno por un lado distinto. No miran atrás. Nunca. Ninguno. La niña olvida al conejo, lo deja parado al lado del tarro de galletas. Y entonces, por primera vez, el conejo se alegra de poder mirar. Así sea con un ojo que no es suyo pegado en la frente. Siente que el suelo tiembla con los pasos pesados del rinoceronte corriendo hacia él, su olor acercándose rápido. Entonces él también sale a correr. Da doce saltos largos al suroccidente y se queda agachado en una zanga que se encuentra.

Con la fuerza de su impulso el rinoceronte tira la cerca al suelo, levanta un montón de polvo y hace un gran escándalo. Llega al tarro, le da un golpe con el hocico y con su rabia, hace volar miles de pedazos de galleta por los aires. Sigue corriendo, atraviesa por toda la mitad la lluvia de galletas que ha creado. Atraviesa la puerta del patio, el portón con el avión adornando la entrada y baja a toda velocidad la colina en dirección a la ciudad. El hilo de lana se tiembla en el cuerno del rinoceronte, en el tobillo de Abuelo. Al final de una historia que estaba escuchando, Abuelo sale volando. Vuela por primera vez. Por primera vez su cuerpo atraviesa una puerta de madera cerrada con candado y por primera vez es arrastrado por la mitad de un bosque de árboles de mandarina. Laura, Raúl, Miguelito, desde sus

escondites lo ven pasar a toda velocidad y ninguno le dice nada. El conejo escucha pasar la sonrisa de una oreja a otra.

Arrastrado, Abuelo baja la colina con dirección a la ciudad. Sonríe, sonrío mucho porque sabe que en poco tiempo por fin dejará de sonreír.

Catorce marineros hundieron un barco hoy cerca de Alaska.

Catorce marineros hundieron un barco hoy cerca de Alaska. Lo hundieron porque era un barco fantasma, decían ellos. Se demoraron cuatro horas, utilizaron veinte granadas y siete cohetes. Era un barco grande, que no se quería dejar hundir.

El barco salió a navegar solo, hace siete meses, después de un terremoto que hubo en Japón. Esperaba solo, anclado en un puerto lleno de gente que se tomaba fotos con el atardecer. Entonces llegó el terremoto. El primero en sentirlo fue el barco, y los otros barcos que estaban junto a él. De repente se vio alzado por una ola gigante que espantó a los turistas e inundó el puerto en menos de un minuto. Su ancla se soltó del fondo del mar. La ola arrastró todo lo que se le atravesó. Árboles, carros, dos señores en sillas de ruedas que se quedaron sin fuerzas y sin amigos que los ayudaran. Vinieron más olas más grandes. El barco subía y bajaba. Subía y bajaba. Minutos después dejaron de venir las olas pero las que habían pasado comenzaron a llegar de regreso. Llenas de más árboles, más carros y camiones, mesas, perros, gatos, sillas, niños, niñas, ancianos, televisores más sillas de ruedas vacías. Se llevaron también al barco.

Navegando en reversa, hizo su primera parada a ciento cincuenta y tres millas de ahí. Bueno, realidad no fue una parada, fue un cambio de dirección, se encontró con un remolino que siempre ha estado ahí, girando eternamente, haciendo perder aun más a los barcos perdidos como él. Esa fue la primera peca de Raúl.

Recorrió sin dirección alguna ese océano que parecía no tener fin. Hasta que llegó un viento, uno de esos vientos que ponen furioso al mar. Sopló y sopló pero el barco se resistía. Luego vinieron la lluvia y los rayos y los truenos. Las nubes negras en el cielo, los relámpagos cayendo alrededor del barco. Después de horas y horas de estar en la mitad de esa tormenta, el barco por fin salió. El viento, tranquilo de nuevo, se lo volvió a llevar. Esa fue la segunda peca de Raúl, al otro lado de su pecho. Cuando iba llegando a Rusia se encontró con otro barco muy parecido a él, lleno de gente con arpones en las manos. Como es costumbre, los de los arpones en las manos saludaron al barco pero no había nadie que les respondiera el saludo. Intentaron con el radio pero en la frecuencia sólo había estática. Entonces apareció la ballena. Una ballena gigante que la gente de los arpones estaban esperando. La ballena sabía que la estaban esperando. Por eso apareció en ese momento, ahí, cerca del barco solitario.

Con la fuerza que una ballena tiene, se levantó en el aire, dio medio giro y se dejó caer de espaldas al lado de la proa del barco desviándolo para que se estrellara con el barco de los arpones. Pero ellos viraron a tiempo, y dispararon sin suerte y sin puntería. La ballena se perdió. El barco también volvió a perderse y alejarse de Rusia. Ahí fue cuando Raúl se dio cuenta que sus pecas seguirían apareciendo y siguió dejando la ventana abierta, el marcador azul en la mesa de noche.

Tres martes después, en Nueva Zelanda, había un niño sentado en la roca más grande de una playa llena de rocas. No tenía nada más para hacer más que reflejar en el mar la luz del medio día con un espejo grande que tenía entre las manos. El niño se aburría tirando luz al mar vacío, hasta que apareció el barco. Y entonces pensó que iluminándolo la gente del barco lo iba a saludar. Pero el niño no sabía que adentro no había nadie y tampoco sabía que mostrarle el sol con un espejo a un barco vacío lo hace espantar. El niño gritó, agitó su mano al aire pero ya era tarde. El barco, aunque se veía quieto en el horizonte, se alejaba de la playa con rocas. A Raúl le salió otra peca, esta vez en el hombro izquierdo, a tres dedos de la axila, sin tocar el hueso de la clavícula.

Hoy, cerca de Alaska, catorce marineros con granadas y cohetes hundieron el barco diciendo que era un peligro, un fantasma. Ahora está en el fondo del mar, llenándose de algas y de peces y de tristeza. Pero, aunque nadie lo vea, él sigue ahí.

Ahora, si existimos, si nos han visto, si hay pruebas de lo que hemos hecho... ¿De dónde sacan que somos fantasmas?

Vita

Nació en Medellín en 1985. Graduado en Comunicación y Lenguajes Audiovisuales. Ha sido escritor y director de dos cortometrajes: “Le cayó mierda a la sopa” y “Ábaco”. Éste último, co dirigido con Sara Espinal Ramírez, fue parte de la sección oficial del Festival de Cine de Bogotá en 2008 u ganador del Festival de Cine de la Luna en 2009. Igualmente, ese mismo año, fue finalista en el concurso del Fondo para el Desarrollo Cinematográfico que entrega el Ministerio de Cultura de Colombia, con su guión para largometraje “Bye Bye TV”. En 2008 resultó ganador de las Becas a la Creación Artística que otorga la Alcaldía de Medellín en la categoría Cuento Jóvenes Inéditos. Gracias a dicho estímulo se hizo la publicación de su libro de cuentos “Los Tiburones a veces tienen pesadillas” que cuenta ya con dos ediciones.

Permanent address: 501 E University Avenue
El Paso, Texas. 79902

This thesis typed by Daniel Ríos Lopera.